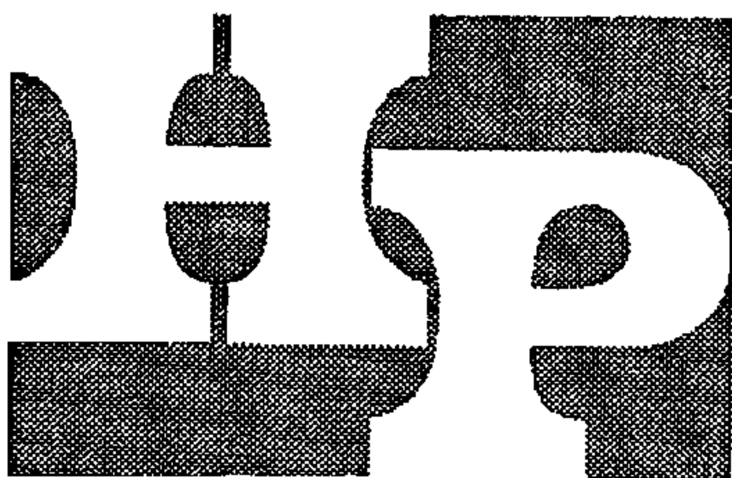


Silver Kane

El paso de los tres gigantes





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

EL PASO DE LOS TRES GIGANTES

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 461
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 27420-1978

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición, octubre, 1978

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

UN MAL PASO PARA TEO LANCASTER

El centinela ni siquiera se dio cuenta de que aquello era la muerte. Al menos no sufrió. Cuando le sujetaron por detrás y le apuñalaron por delante, apenas tuvo tiempo de respirar. El cuchillo penetró hasta el fondo en su corazón y le liquidó instantáneamente.

No se produjo ningún sonido.

Eso era lo que quería Teo Lancaster.

Tranquilidad y silencio.

Limpió la hoja en las ropas del muerto, la volvió a enfundar y avanzó poco a poco hacia el barracón.

Era un edificio de madera. Una oficina provisional.

Parecía como si no tuviese la menor importancia.

Pero en la puerta se leía un pequeño rótulo que indicaba:

VIII DIVISIÓN DE CABALLERÍA
ESTADO MAYOR Y
OFICINA DE MANDO

El hombre entró.

Parecía mentira que un tipo de sus dimensiones se moviera con aquel silencio, como si fuese un gato.

Tenía planta de auténtico campeón.

Pecho de atleta piernas de saltador de altura, puños de hierro.

Pero también tenía la prudencia y la agilidad de una ardilla, porque sus movimientos no producían ni un solo susurro.

Abrió la puerta y penetró en la oficina.

Todo estaba en silencio y a oscuras. Sólo la luz de la luna entraba por una de las ventanas. Él examinó con los ojos la situación antes de decidirse a avanzar hacia una de las mesas.

Conocía muy bien la distribución de las oficinas de Estado Mayor. No en vano había trabajado durante años en ellas.

Llegado a la mesa elegida, encontró sin dificultad la carpeta que buscaba.

Para aquello había tenido que enfrentarse a grandes peligros, atravesar las turbulentas tierras apaches e infiltrarse en las líneas nordistas, eliminando a cuantos centinelas se oponían a su paso.

Al menos sin hacerles sufrir.

Pero había momentos en que Teo Lancaster sentía vergüenza de sí mismo.

Miró la carpeta. El rótulo escrito en letra muy clara sobre ella decía:

PLAN 8.2-B

Era el plan para que la caballería nordista acorralase a los restos del ejército sudista de Nuevo México y los enviara al diablo para siempre. El plan que podía acabar de decidir una guerra que ya estaba dando las últimas boqueadas.

Se dispuso a abrir la carpeta.

Y en ese momento sintió aquello.

Un roce muy poco tranquilizador.

El roce de la hoja de un cuchillo que acariciaba su garganta.

La voz fue metálica y fría. Fue una de esas voces que, antes de salir al exterior, parecen pasar por una serie de ensamblajes de acero.

—Quieto, Lancaster.

Naturalmente, Lancaster no se movió.

Había reconocido aquella voz.

—Flanagan… —dijo.

Flanagan hizo dos rápidos movimientos con las manos.

Le quitó el cuchillo y el revólver. También le quitó un largo estilete que llevaba remetido en la caña de la bota.

Los dos hombres no tenían más luz que la de la luna pero se

veían perfectamente. Además, estaban acostumbrados a moverse en la oscuridad.

Flanagan murmuró:

—Vuélvete.

Lancaster lo hizo. Se vio encañonado por un «Colt» de último modelo, con cañón extra largo. Y supo leer en los ojos de Flanagan la fría decisión de disparar.

Flanagan era muy parecido a él.

Alto, potente, con la planta de un campeón y la agilidad y astucia de un puma.

Tal para cual.

Por eso a Lancaster sólo había podido vencerle un hombre como Flanagan.

Si le vencía…

Porque Lancaster aún inició un rápido movimiento de flanco, dispuesto a jugárselo todo a una carta.

Pero se encontró con el culatazo en la frente antes de que hubiera podido iniciar nada serio.

Un culatazo que le hizo retemblar hasta lo más hondo del cerebro, estuvo a punto de partirle el hueso frontal y le dejó la cara recorrida por espesos hilos de sangre.

Pero Teo Lancaster ni pestañeó.

Sólo dijo en voz baja:

—Tú ganas por esta vez, Flanagan.

Flanagan echó un vistazo a la carpeta que el otro había pretendido examinar. Sus ojos brillaron también, como antes habían brillado los de Lancaster.

—Pretendías aprenderte de memoria nuestro plan de ataque, ¿verdad? El plan para aniquilarnos definitivamente entre Artesia y Carlsbad, en el valle de los Siete Ríos…

Lancaster no contestó.

—¿Para qué?

—Más vale que dispares —dijo fríamente al cabo de unos instantes—. No quisiera pasar por toda la comedia y todas las molestias de un consejo de guerra. Y al fin y al cabo será lo mismo…

—Sí, Lancaster, será lo mismo. Pero yo voy a obrar legalmente, como hubieras hecho tú conmigo en el caso contrario. Voy a llamar

a la guardia.

Y tiró de un cordón que pendía del techo.

Aquel cordón hacía mover una membrana, en el techo, obligando a que sonase una especie de sirena que lanzaba un gemido breve y muy peculiar. Eso ponía en conmoción inmediata al cuerpo de guardia, que estaba apenas a dos docenas de yardas.

La puerta se abrió inmediatamente.

Tres soldados nordistas armados entraron inmediatamente en la oficina.

—¿Qué pasa?

Uno de ellos vio a Flanagan.

—Capitán…

—Llevaos a este tipo. Encerradlo en el lugar de máxima seguridad mientras se prepara el consejo de guerra.

Los tres soldados fueron hacia Lancaster.

Trataron de ponerle las manos encima.

Al menos lo intentaron.

Lancaster movió sus dos poderosos brazos con la fuerza de dos catapultas. Sonaron dos chasquidos. Y dos de los soldados cayeron a tierra con los ojos en blanco y las mandíbulas deshechas.

Pero el tercero acercó la bayoneta tanto que llegó a clavar la punta en el vientre a Lancaster. Éste se encogió con una terrible expresión de dolor.

Ahora el que movió el puño derecho fue Flanagan.

Sonó un chasquido brutal, parecido al que producirían al chocar dos rocas.

Y Lancaster se desplomó, mientras sus labios aparecían completamente bañados en sangre.

Flanagan indicó:

—Sacadlo de aquí.

Lo arrastraron por los pies.

Pero no habían llegado aún a la parte exterior del barracón cuando Lancaster se rehízo. Sus piernas se crisparon y se tensaron en cuestión de segundos. Los dos hombres que le sujetaban por ellas salieron dando vueltas de campana por el aire.

El otro le propinó un terrible puntapié en las costillas.

Fue un golpe como para dejar medio hundido el tronco de otro hombre.

Pero Lancaster lo resistió. Apoyándose en la nuca, alzó todo su cuerpo como si fuera un poste. Sus dos piernas enlazaron el cuello del tipo que acababa de golpearle y lo hicieron caer aparatosamente con un siniestro chasquido de huesos.

No lo mató por milagro.

Pero el otro quedó sentado, llevándose las manos al cuello y sin aliento para volver a levantarse al menos en media hora.

Otra vez el que le inmovilizó fue Flanagan.

Un puntapié a la cabeza, capaz de destrozar a un buey, lo dejó sin sentido.

Entre aquellos dos hombres no había ceremonias. Los dos eran brutales, casi salvajes. Los golpes que administraban eran como para destrozar a cualquier otro.

Pero allí todo el mundo resistía.

Llegaron al fin nuevos refuerzos del cuerpo de guardia.

Una verdadera nube de uniformes azules se abatió sobre Lancaster.

Pero si creían que éste estaría sin sentido durante mucho rato o que no iba a resistir, se equivocaban de medio en medio.

Porque sus pies volvieron a actuar. Y sus puños. Mientras derribaba a un par de soldados más, logró ponerse de rodillas. Sus enormes puños golpearon como mazas de tam-tam los vientres de los enemigos que tenía más cerca. Se oyeron terribles alaridos mientras los soldados salían despedidos en todas direcciones.

Parecía sentir un frenético deseo de huir.

O de que lo mataran allí mismo.

Pero al fin fue reducido y materialmente machacado por casi una docena de hombres. Lo arrastraron hasta una especie de gruta abierta en una ladera y que constituía una mazmorra absolutamente segura, ya que no había más que una salida y ésta estaba guardada por tres hombres.

Allí Lancaster cayó al suelo.

Todo su cuerpo estaba cubierto de sangre. Sus ropas no eran ya más que inútiles pingajos.

Respiraba afanosamente.

Pero aún conservaba restos de su energía y aún brillaba en sus

ojos el salvaje deseo de resistir.

Flanagan entró tras él.

Un centinela le había dado una pequeña cantimplora con *brandy*.

La luz de una lámpara mortecina alumbraba con trazos casi irreales la escena.

Flanagan murmuró:

—Toma echa un trago.

El otro bebió ávidamente. Luego devolvió la cantimplora a su enemigo.

—Deberíais haberme liquidado —barbotó.

—Eso pretendías, ¿no? Te hubiera gustado no dejarnos más remedio que matarte.

—No, no era eso.

Flanagan hizo un gesto de sorpresa.

—¿No? ¿Pues qué pretendías entonces?

—Huir.

—Estás loco. Te has metido en el centro de las filas enemigas. Hubieras estado rodeado por todas partes. ¿Adónde pensabas que podías llegar?

—Ése era asunto mío.

—¿Por qué tanto interés en huir? ¿Sólo por salvar la vida?

—No. Mi vida ya no me importa.

—Pues entonces, ¿por qué?

—Di mi palabra.

—¿Palabra? ¿A quién?

—A una mujer.

Flanagan lanzó una carcajada breve y ronca.

—No me digas… ¿Y no puedo saber su nombre?

—Para nada te importa.

Flanagan le ofreció un cigarro.

—¿Quieres fumar?

—No, ahora no. Tengo la boca seca. Además, me daría la sensación de que es mi último cigarrillo.

—Me temo que lo sería.

Lancaster lanzó una carcajada.

—La victoria ha sido al final para ti, ¿eh, Flanagan? ¡Quién lo iba a decir, diablos quién lo iba a decir…!

—Hace seis meses me tuviste en tus manos. La situación era a la inversa. Yo, el mejor espía nordista, había entrado en las filas sudistas. Y tú, el mejor miembro del contraespionaje sudista, me atrapaste.

—Hum… Fantásticos tiempos aquéllos.

—Aún no teníais la guerra perdida, ¿verdad?

—¿Y quién dice que la tengamos perdida? ¡Vete al infierno!

Flanagan se puso entre los labios un cigarro y lo encendió calmosamente. Luego volvió a dejar la cantimplora al alcance de las manos de su enemigo.

—Lo curioso es que entonces no me fusilasteis —dijo—. Yo creí que iba a salir de allí en un ataúd y salí a caballo y a toda velocidad. Tú me salvaste la vida.

—¡Uf! No creas que lo hice por mi gusto. Lo que yo realmente quería era mandar el piquete de ejecución.

—Pero durante la última noche te liaste conmigo en aquella partida de naipes, ¿recuerdas? Te empeñaste en hacerme compañía para que las horas pasaran más rápidas, y luego afirmaste que jugabas mejor que yo. Discutimos. Estuvimos discutiendo durante un cuarto de hora y de allí salió aquel desafío.

Lancaster hizo un gesto de aburrimiento.

—¡Qué asco! No me lo recuerdes.

—¿Cómo no voy a recordarlo si gracias a ello estoy vivo? Los dos nos desafiamos a una partida y tú me dijiste: «Si pierdes, me prometes que morirás de espaldas al piquete, como los cobardes. Si ganas, yo te doy mi palabra de que te sacaré vivo de aquí». La apuesta era dura para los dos. Ni yo quería morir como un cobarde ni tú querías convertirte en un traidor a tu propia causa.

Lancaster bebió otro sorbo.

La sangre seguía resbalando por sus facciones, pero él no hacía maldito el caso. Parecía de piedra.

—Gané yo —dijo Flanagan—, y a ti no te quedó más remedio que cumplir lo prometido. Eso sí que lo tienes. Eres un hombre de palabra. Nunca he visto que faltaras a una promesa, ni siquiera hecha a tus peores enemigos.

—Como tú.

Flanagan produjo un chasquido con dos dedos.

—Me ayudaste a escapar y te convertiste en un traidor. Debieron

haberte fusilado, pero no lo hicieron teniendo en cuenta tu valía. Te han dado una última oportunidad, ¿no? Apoderarte del plan de batalla nordista en plena oficina de su Estado Mayor. Sólo así podías rehabilitarte, ¿verdad?

—Sí; reconozco que era mi última oportunidad.

—Lo siento, Lancaster. Al menos morirás como un valiente.

—Y un cuerno. Ahora justamente no me interesaba morir.

—¿Por qué?

—Mi palabra…

—Ya vuelves con tu palabra.

—Se la di a una mujer.

—¿Le hiciste una promesa? ¿Qué clase de promesa?

—De que me casaría con ella…

—No me digas… ¿Y con quién?

Lancaster pronunció el nombre.

Y Flanagan hizo un gesto de incredulidad, casi de asombro, sintiendo que vacilaban sus piernas.

Capítulo II

PALABRA DE CABALLERO

—No puede ser… —bisbiseó el general Stouder, mientras apretaba las manos sobre la mesa—. Es ridículo… Los apaches odian con toda su alma a los hombres blancos. Nunca la hija de su jefe, la inasequible Estrella, se casaría con uno de ellos. Sería una afrenta que no perdonaría ninguno de los de su raza.

Flanagan inclinó la cabeza.

—Bueno, es que la tribu no está conforme con esa boda. Sólo lo está el hermano de la muchacha.

—Su hermano también es un guerrero implacable. Nos ha causado centenares de muertes.

—Demasiado lo sé. Pero eso no impide que, en cuestiones sentimentales, sea un hombre más comprensivo que su padre. Además puede haber otras razones.

El joven se puso en pie, se acercó al gran mapa de la comarca que había detrás del general, colgando de la pared, y explicó:

—Nosotros estamos entre las poblaciones de Artesia y Carlsbad, al este de Nuevo México. Nuestras posiciones principales están apoyadas en el centro de esa línea, en el lago McMillan. Atrás tenemos Texas, que es tierra ya pacificada. ¿Pero qué tenemos delante? Ante nosotros tenemos una fértil llanura que termina en uno de los desiertos más terribles del mundo, el desierto de Milite Sands. En cambio esa llanura es buena. Al Sur tiene la Azotea Mesa, y al Norte el río Hondo. No le falta agua y por eso es tan fértil. Le llaman el valle de los Siete Ríos.

—No hace falta que me explique nuestras posiciones, Flanagan.

—Cierto, pero quiero llamarle la atención sobre la zona que está prevista para reserva de los indios apaches y mescaleros. Es un área muy mala, tanto que está cerca de Alamogordo y el desierto de White Sands[1]. No resulta extraño que los indios quieran quedarse en el valle de los Siete Ríos y las estribaciones de los montes Guadalupe. Tal vez piensan que el matrimonio de Estrella con un hombre blanco podría ayudar a eso.

—¿Un hombre blanco? ¡Pero se trata de un sudista!

—¿Y qué? Los sudistas son el único ejército que los apaches y los mescaleros han conocido. Tal vez crean que vale la pena hacer tratos con ellos porque van a ganar la guerra.

El general Stouder hizo un gesto dubitativo.

—No acabo de creer del todo lo que usted me dice, pero reconozco que podría ser cierto.

—Es cierto. Si Teo Lancaster lo cuenta, puede estar seguro de que es verdad.

—Parece que usted tiene una fe ciega en él.

—Es un enemigo, pero tiene palabra. Cuando promete algo, lo cumple aunque sea a costa de su propia piel. Me ha dado pruebas.

—¿Y ahora ha prometido casarse con esa india?

—Le dio su palabra antes de emprender esta misión, después de la cual le retirarían de los servicios de espionaje y lo devolverían a su antiguo empleo militar al frente de un escuadrón de caballería.

Flanagan volvió a su asiento y se inclinó sobre la mesa, mientras miraba a su superior con cierta secreta ansiedad que no lograba disimular del todo.

—General —balbució—, tal vez convenga que esa boda se realice. Cuando ocupemos el valle de los Siete Ríos, encontraremos, si Estrella llega a casarse con un hombre blanco, unas tribus de apaches y mescaleros bastante pacificadas. Nos evitaremos muchos conflictos y muchos muertos. Todo por la boda de un solo hombre.

—Una boda… Pero ¿cómo va a casarse Teo Lancaster si lo pasaremos por las armas mañana al amanecer?

Flanagan se inclinó un poco más sobre la mesa.

—Déjelo marchar —suplicó.

—¿Quéeeeeee…?

El general Stouder se había puesto en pie. Clavaba en él una mirada cargada de desprecio y de ira, una mirada que parecía

destilar odio.

—Se ha vuelto loco —barbotó—. Haré que lo juzguen por connivencia con el enemigo.

—Un momento, general. No he terminado.

—¡Por mí sí! ¡Ya he oído bastante!

—Lancaster ha dado su palabra de casarse y volver para ser fusilado.

El general se derrumbó sobre la silla.

Unas gotitas de sudor perlaban su frente.

Con voz ronca murmuró:

—Es la primera vez que oigo un absurdo semejante…

—Lancaster lo hará. Lancaster nunca olvida la palabra dada.

—¿Tanta fe tiene en él?

—Antes moriría que dejar de cumplir una promesa.

El general echó la cabeza hacia atrás mientras cerraba un momento los ojos.

En todo aquello había algo de ilógico, algo que quizá un paisano no hubiera entendido. Pero él había visto muchas cosas en aquella guerra. Muchas salvajadas y muchas heroicidades. Había conocido a hombres de honor que merecían ser saludados en posición de firmes, aunque fueran sus más acérrimos enemigos. Y también, por supuesto, había oído hablar de Lancaster, un hombre que no fallaba jamás.

—Después de todo —musitó—, lo que usted acaba de decir podría tener grandes consecuencias prácticas. Encontraríamos tal vez una zona muy pacificada.

—Es una oportunidad que no podemos despreciar, general.

Stouder era un hombre poco dado a las dudas. Hizo un gesto de decisión, mientras apretaba los puños.

—¿Cuánto tiempo ha pedido ese hombre?

—Cinco días.

—O sea hasta las tres de la madrugada del sábado…

—Exacto, señor.

Los nudillos de Stouder crujieron.

—Está bien, dígale que sí. Pero no sólo voy a fiarme de su palabra. Confío en algo más.

—¿Por ejemplo…?

—Por ejemplo, en los prisioneros sudistas que tenemos. Sólo

aquí hay más de dos docenas. Dígale a Lancaster que todos serán ejecutados si él no vuelve en el plazo fijado. Y algo más.

—¿Algo más…?

—Sí, y muy importante.

—¿Qué es, señor?

—Usted, Flanagan, también será fusilado.

Flanagan se estremeció.

Era como poner su vida en manos del enemigo contra el que había luchado implacablemente durante todo aquel tiempo. Si Lancaster no volvía, no sólo salvaría la piel, sino que lo liquidaría a él, a Flanagan. Una tentación demasiado fuerte para cualquier hombre, aunque fuese un hombre de honor.

Pero ya no quiso volverse atrás.

Dijo con voz ronca:

—Se lo comunicaré, señor. Y le pediré que se ponga en camino esta misma noche.

Saludó rígidamente y abrió la puerta. Sabía que tal vez estaba dando los últimos pasos de su vida, los pasos de su última aventura.

CAPÍTULO III

LA TIERRA DE NADIE

Sí, era la tierra de nadie.

Tenía dueños y tenía un precio muy elevado, pues se trataba de una zona muy fértil, a la entrada del valle de los Siete Ríos. Carlsbad la limitaba al Sur y Artesia al Norte. Pero era tierra de nadie porque se hallaba en plena zona de combate, y porque además corría el peligro de que fuera asolada por los indios.

El general Stouder la examinó con su catalejo.

Las reses pastaban en las praderas como si tal cosa. Se distinguía la polvareda levantada por los caballos e algunos vaqueros que se dirigían al trabajo. Todo daba sensación de paz, pero era una paz engañosa.

Junto a Stouder estaban algunos de sus oficiales de confianza.

Uno de ellos era Flanagan.

Flanagan tenía las manos quietas en el pomo de la silla y miraba abajo, la llanura infinita por la que había marchado Teo Lancaster.

Stouder masculló:

—¿Dónde deben estar los sudistas?

—Se habrán dispersado, señor. O tal vez hayan ido a Roswell, más al Norte, con ánimo de envolver nuestro flanco.

—Pues si lo han hecho están listos, porque allí se encontrarán con nuestra artillería pesada. Menos mal que Lancaster no llegó a ver la distribución de nuestras fuerzas ni nuestro plan de batalla.

Y miró a Flanagan como agradeciéndole su intervención. Sabía que, sin su presencia, aquello podía haber terminado en un desastre.

Stouder guardó el catalejo.

—¿Cuánto tiempo hace que marchó Lancaster? —murmuró.

—Un día, señor.

—¿Sabe qué pienso, Flanagan?

—No puedo adivinarlo señor.

—Creo que no volverá.

—Dio su palabra. Y Lancaster jamás ha faltado a ella.

—Sigue teniendo mucha confianza en él…

—Me ha demostrado que la merece. Pero no es eso solo. Lancaster salió de una tierra donde la palabra tiene valor. Él procede de las montañas de Wyoming, como yo. Hasta que se alistó en el ejército, había sido talador de troncos. En la soledad de los inmensos bosques, un hombre es un hombre. En las grandes ciudades los hombres somos hormigas y nos devoramos unos a otros. Pero en los bosques y las montañas, no. Allí, si un hombre pierde el valor y el honor, lo ha perdido todo.

Stouder torció un poco el gesto.

Porque él procedía de Nueva York, una gran ciudad.

Pero reconocía que había mucho de verdad en lo que decía Flanagan.

—¿Lancaster talador de troncos? —preguntó al cabo de unos instantes—. ¿Sólo eso? No lo entiendo. Hasta ahora había creído que ese hombre tenía bastante dinero.

—Sí, sí que lo tiene. Posee un gran instinto para los negocios. En Wyoming se encargó del transporte de los troncos y ganó con ello bastantes dólares.

Stouder se pasó una mano por la barba.

—Insisto en que no volverá Flanagan. Y me sabrá mal tener que fusilar a un hombre como usted.

—He aceptado ese riesgo, señor.

—De acuerdo, pero le confieso que esta noche apenas he podido dormir pensando en ello. Quizá los dos hayamos jugado demasiado fuerte, confiando en Lancaster.

—El riesgo valía la pena, señor. Tal vez evitemos así una sangrienta guerra india.

—Por eso lo hice. Pero me gustaría que el riesgo no fuera tan grave, al menos para usted, Flanagan.

—¿Qué quiere decir, señor?

—Le doy permiso para que vaya en busca de Lancaster y lo traiga aquí en el caso de que él no quiera volver.

—¿Qué trata de decir, señor? ¿Que vestido de uniforme me introduzca en tierra enemiga para buscar a ese hombre?

—¡Qué uniforme ni qué diablos! ¡Usted se ha pasado media guerra sin él! ¡Cada vez que nos servía de escucha de guía o de espía, se vestía de vaquero y manejaba el «Colt» como ellos! En la base tiene ropas suficientes para convertirse en lo que quiera.

Hizo un gesto enérgico y añadió:

—No quiero que todo dependa de ese hombre, por mucha palabra que tenga. En el caso de que no quiera volver, tráigalo a la fuerza. Y en el caso de que usted no vuelva tampoco…, lo declararé desertor, Flanagan. A las tres de la madrugada del sábado lo declararé desertor si no ha vuelto. Ya sabe lo que eso significa. Lo haré fusilar de todos modos, pero al menos habrá tenido una oportunidad.

Flanagan apretó los labios.

—Se la agradezco en lo que vale, señor.

—Pues póngase en movimiento cuanto antes, Flanagan. Si ese hombre quiere volver, no pasará nada. Si no quiere volver… tráigalo. Sepa que se juega la vida en esto.

Flanagan movió la cabeza afirmativamente.

Prefería aquello mil veces. Prefería moverse y luchar que esperar sentado los acontecimientos, por mucha fe que tuviera en Lancaster.

Volvió a la base.

Y una hora después se había transformado en un *cowboy*, al fin y al cabo lo que había sido hasta que empezó aquella condenada guerra.

La población de Carlsbad, a muy poca distancia de la frontera de México, y a menos distancia aún de la peligrosa Azotea de Mesa, vivía como si allí no hubiese guerra.

O lo parecía al menos.

Mientras avanzaba poco a poco por la calle principal, con la mano cerca de la culata del «Colt», Flanagan iba viendo cosas rutinarias que había visto en muchas ciudades del Oeste antes de la guerra.

Los saloons con algunas chicas en la puerta, haciendo de gancho para la clientela.

La barbería con clientes que se dejaban enjabonar pacíficamente la cara, pero teniendo la mano muy cerca del «Colt».

Una casa de juego en la que aún había tipos continuando la partida de la noche anterior.

La herrería, en la cual se trabajaba normalmente.

El General Store, con mucha afluencia de clientes que cargaban provisiones. Debido a la fertilidad del valle de los Siete Ríos, allí no había habido nunca escasez.

Y las mujeres que paseaban por los porches, elegantes, finas, como si los cañones no estuvieran apuntando a Carlsbad desde muy poca distancia.

También había dos hoteles abiertos.

Su ambiente, en apariencia, era pacífico.

Pero Flanagan sabía que todo aquello resultaba engañoso.

Los desertores de ambos bandos, los pistoleros llegados de México, los indios renegados que se habían fugado de sus tribus, los cuatreros…, todos ellos tenían en Carlsbad su base de operaciones. Allí había un *sheriff*, pero era impotente para contener la avalancha. Una vez cometidos sus delitos y ya con los bolsillos llenos, los forajidos se ocultaban en la Azotea de Mesa, que era un auténtico nido de escorpiones o, más sencillamente aún, atravesaban la frontera de México.

Flanagan pasó por delante de la barbería. Tocó su barba que ya estaba un poco crecida desde el día anterior. Y pensó que le convenía afeitarse no sólo para estar más presentable, sino porque en la barbería podría oír comentarios referentes a la población. En especial si se había casado ya Estrella, la hija del jefe apache, lo cual habría sido en la población un verdadero acontecimiento, aunque la boda se hubiese celebrado en la tribu. En la ciudad no se hablaría de otra cosa.

¡La hija de un jefe apache casándose con un hombre blanco!

Algo excepcional realmente. Algo que quizá no había ocurrido nunca.

Por eso en la barbería se comentaría el suceso.

Pero cuando entró oyó que los hombres hablaban de otra cosa. Simplemente del ganado y del estado de la hierba. Uno se quejaba de que dos batallones sudistas, en su marcha hacia el Norte, habían estropeado los pastizales. «En su marcha hacia Roswell», pensó

Flanagan. Había tenido razón al suponer que trataban de atacarlos por el flanco. Pero dos batallones eran bien poca cosa, sobre todo no sabiendo que iban a encontrarse con el grueso de la artillería pesada.

Flanagan se sentó.

El barbero estaba libre porque los otros clientes leían los últimos periódicos llegados a la localidad y no tenían prisa. Enjabonó la cara del forastero y empezó a afeitarle.

—¿No se celebró una boda ayer? —preguntó Flanagan.

—¿Una boda? ¿Qué boda?

—Había oído hablar de la hija del jefe apache.

—¿De Estrella?

—Sí. Eso es, de Estrella.

—Yo también oí decir que tenía novio —murmuró el barbero, terminando de enjabonarle—. Pero nadie lo conoce.

—¿De modo que no ha habido boda?

—¿Y por qué había de haberla?

Flanagan se mordió levemente el labio inferior.

A ver si Lancaster le había engañado… Sería la primera vez, pero todo era posible. Lancaster no tenía por qué ser un santo.

El barbero empezó a afeitarle.

—En cambio, ha habido otras novedades por aquí —dijo—. Y no demasiado buenas.

—¿Cuáles?

Flanagan pensó que el otro iba a hablarle de la posibilidad de que aquello se transformara en escenario de la guerra.

Pero el barbero musitó un nombre:

—Wallace.

—¿Quién es Wallace?

—No me diga que no lo conoce.

—¿Se refiere al pistolero?

—Sí, al jefe de esa banda que opera a un lado y otro de la frontera de México.

—¿Wallace corre por aquí?

—De eso se habla.

—Me habían dicho que estaba en Arizona. Y hasta se habló de que un *sheriff* lo había matado.

—Déjese de historias. A Wallace no lo mata nadie. Y lo peor es

que se dice que ahora corre por esta zona.

—¿Y qué opina el *sheriff*?

—El *sheriff* opina que ese tipo no se atreverá a poner los pies en la ciudad —dijo entonces un vozarrón.

Y una figura alta y corpulenta se dibujó en la puerta.

Llevaba una estrella al pecho.

Se sentó en una de las butacas y dijo al barbero:

—Hala, aféitame mientras todos esos gandules leen el periódico.

—En seguida, *sheriff*; ahora mismo termino con esto caballero.

—¿Qué hablabais de Wallace?

—Sólo que se dice que ha sido visto por aquí.

—Eso es cierto.

—¿Y cree que no sé atreverá a entrar en la ciudad?

—Estoy seguro de que no. Esto sería demasiado duro para él. Sabe que no admito bromas.

El barbero emitió una risita.

—Eso es cierto, *sheriff*. La semana pasada ahorcó a tres hombres que se decía pertenecían a su banda.

—Y ahorcaré a todos los que sean precisos.

—Pero ¿Wallace ha venido aquí por alguna razón especial? ¿Prepara algún golpe?

—Eso no lo sé, pero algo debe haber… Ejem, seguro que hay algo. Ya lo pensaré. Brrr… ¡Hala, enjabóname de una condenada vez! ¡Tengo prisa!

El barbero había terminado ya con Flanagan.

Mientras éste se secaba cuidadosamente, empezó a enjabonar al *sheriff*, que de vez en cuando lanzaba gruñidos para que se diese prisa.

—Hum… Mientras estoy aquí tengo la sensación de que no vigilo. Y esto no me gusta. ¡No me gusta!

Flanagan empezó a preparar las monedas para pagar.

Y en aquel momento salió un hombre de la puerta que daba a la vivienda del barbero.

Llevaba una bata blanca.

Con una sonrisa dijo:

—Permite. Yo lo haré.

El barbero le miró de soslayo.

No se negó.

El otro tomó la navaja y, siempre sonriendo, preguntó al *sheriff*:

—¿Muy apurado?

—Pues, sí… Bastante. ¿Quién es usted? ¿El nuevo dependiente del que hablaban la semana pasada?

—Exacto. Soy el nuevo dependiente. Especialista en afeitados rápidos. Un momento y… ¡zas ya está!

Cierto.

Ya estaba.

Movió la navaja y trazó un brusco y salvaje corte en la garganta del *sheriff*, que no tuvo tiempo ni de lanzar un gruñido.

El chorro de sangre fue espantoso.

Hasta el espejo frontero quedó convertido en una inmensa mancha roja.

Todos los que estaban en la barbería quedaron petrificados. Incluso Flanagan, que era un hombre de reacciones fulminantes. Tan brutal había sido todo que en el primer instante fueron incapaces de reaccionar.

Y en el segundo instante, ya no pudieron.

Porque dos hombres armados con rifles habían aparecido en la puerta.

CAPÍTULO IV

ESTRELLA

Los dos llevaban barba de varios días, por lo que no era extraño que hubiesen entrado en una barbería. Pero no lo habían hecho para afeitarse, desde luego. Rechinaron los dientes mientras encañonaban a todo el mundo, con los dedos sobre los gatillos.

—Tú, Phil.

Phil debía ser el que acababa de degollar al *sheriff*.

Salió, protegido por los otros.

Cuando estaba en la puerta, uno le preguntó, mientras señalaba con la mandíbula al barbero:

—¿Ha puesto dificultades ése?

—No. Me ha dado la navaja enseguida.

—Se ve que tenía miedo, ¿eh? Ha debido reconocerte. Lo curioso es que el *sheriff* no lo haya hecho. Buenos chicos, buenos chicos todos… Queremos dejaros un recuerdo de Wallace.

Y empezaron a disparar.

Sus rifles, de cañones serrados, estaban cargados con postas. Flanagan se dio cuenta de que harían una matanza.

Fue el único en advertir lo que iba a suceder. Los otros no creían en una salvajada semejante, y se fueron al Más Allá sin creerlo. Sus ojos reflejaban el más absoluto asombro cuando fueron deshechos por el plomo y la metralla.

Flanagan se había lanzado tras uno de los sillones.

Y lanzó también un grito de dolor, como si hubiera sido alcanzado, mientras se retorcía.

Los asesinos no dispararon de nuevo porque recargar los rifles

les hubiera costado demasiado trabajo.

—¡Pronto! ¡Vamos!

—¡La ciudad ya está limpia! ¡Fuera!

Se alejaron velozmente, pero no montaron en caballos. Estaba claro que se quedarían allí quizá en la propia oficina del *sheriff*.

Ciudad ocupada por unos asesinos.

Eso había pasado a ser Carlsbad.

Flanagan rechinó los dientes.

Sus ojos grises, helados, destilaban un odio venenoso.

Se palpó el cuerpo y vio que no tenía ninguna herida. Su agilidad le había salvado, pero además había estado de suerte. Los otros, en cambio, se desangraban. Algunos cadáveres estaban deshechos.

Sólo el barbero respiraba aún.

Flanagan se inclinó por si podía hacer algo por él.

El otro se había llevado las manos a una herida por la que se le iba toda la sangre del cuerpo.

—Fui… un cobarde… —barbotó—. Debí avisar al *sheriff*, pero tuve miedo… No creí que…, que quisieran matarle… Yo pensaba que trataban… de amenazarle tan sólo…

—Pero ¿por qué han hecho esto? —barbotó Flanagan—. ¿Por qué esta salvajada? ¿Cuál es el motivo?

—Yo creo que tratan de… controlar… la ciudad.

—¿Con qué objeto?

—Yo diría que para… para…

—¿Para qué?

El otro apenas pudo pronunciar dos palabras:

—El tren…

Y dejó caer la cabeza a un lado, mientras de su garganta salía un último estertor.

Flanagan arqueó una ceja.

¿El tren?

¿Qué diablos significaba…?

La estación, si es que a aquello podía llamársele estación, era una pura ruina. Estaba llena de escorpiones, ratas y polvo. Por lo que en otro tiempo había querido ser andén, se paseaba incluso alguna serpiente de cascabel que había llegado desde las White Sands y que movía insidiosamente la cola.

La vía estaba descuidada.

Pero aún servía.

Aunque la hierba hubiera crecido en ella, y aunque la arena la hubiese medio cubierto en algunos trechos, era un tendido férreo útil. Para un ferrocarril de vía estrecha, naturalmente.

Incluso había un rótulo estremecido por el viento. En grandes letras rojas se leía: «CARLSBAD».

Flanagan se apoyó en una de las paredes del viejo edificio, algunos de cuyos cristales aún estaban intactos.

Le dominaba el asombro.

Se preciaba de conocer bien la zona y, sin embargo, estaba equivocado. Él creía que aquello ya no existía; que la vía férrea se había ido al diablo al principio de la guerra.

Pero los sudistas debían haberla reparado en muchos puntos.

Y aún servía.

El joven se puso lentamente un cigarro entre los labios mientras miraba la llanura.

Los recuerdos volvían a él, mientras veía levantarse a causa del viento las nubecillas de arena. Incluso hubo un momento en que sonrió levemente. Siempre le hacían sonreír los recuerdos, cuando se trataba de aventuras descabelladas como aquélla.

¡Qué fabuloso sueño el de aquel ferrocarril! ¡Cuántas vidas perdidas y cuántas ilusiones truncadas!

Un año antes de la guerra civil, un millonario llamado Clinton había soñado hacer un fabuloso negocio construyendo un ferrocarril que uniera Santa Fe con El Paso y Ciudad Juárez, ya en México. Pero en lugar de hacerlo por la ruta más corta, la que pasa por Socorro, Albuquerque y Las Cruces, la había imaginado pasando por Artesia, Carlsbad, Ángeles, Pecos (ya en Texas) y El Paso.

Flanagan encendió el cigarro lentamente mientras recordaba todo aquello.

No, no había sido un plan malo.

El ferrocarril cubría una extensa zona ganadera. México era un buen cliente. Todos los ganaderos se servían de la línea férrea para sus exportaciones, y aquello sería un buen negocio.

Claro que tenía que atravesar una mala comarca, sobre todo en la parte de Texas, serpenteando entre los Montes San Antonio, con una elevación media de 3031 pies[2] y bordeando Signal Peak,

Cerro Alto y Cerro Diablo.

Cuando la guerra estalló, sólo se había tendido una parte del ferrocarril entre Artesia y la frontera de México, a costa de cuantiosos gastos y muchas pérdidas en vidas humanas, a causa de los incesantes ataques de los forajidos y en especial de los indios.

Flanagan dio una lenta chupada al cigarro.

Cuatro años de guerra.

Pensaba que aquello se habría ido al diablo.

Pero, no. Las vías aún existían. Y hasta aquella estación que no había funcionado nunca y que iba siendo tragada por el abandono y por las arenas que de vez en cuando llegaban de la White Sands, cuando soplaba viento del Oeste.

También existía algo más.

Un hombre.

Flanagan le vio mientras el otro avanzaba poco a poco, a lo largo de la vía, limpiándola de arena.

Era un viejo de esos que sólo han podido existir en las condiciones salvajes del Oeste. Un tipo de edad indefinible, pero que parecía hecho de piedra. Conservaba unos músculos largos y duros y tenía la mirada penetrante y acerada. En sus labios descansaba un cigarro cubierto de polvo y que parecía no haber sido encendido desde semanas atrás. Al parecer, lo tenía allí sólo para hacer propaganda.

El viejo miró a Flanagan.

Parpadeó.

—Hacía tiempo que no se acercaba ningún ser humano por aquí —susurró—. ¿Quién es usted?

—Me llamo Flanagan. Y no es extraño que nadie se acerque por aquí. Esto queda algo apartado de la ciudad.

—Cuando tendieron la línea pensaron más en las reses que en los hombres —gruñó el viejo—. Bueno, y total es una milla… Esto está a una milla de Carlsbad.

Flanagan señaló las maderas carcomidas del andén, por las que no era difícil ver pasearse a los escorpiones.

—Comprendo que la gente no se pasee por este bulevar —dijo—. Y hasta hay serpientes… ¡Mil diablos! ¿Pero usted vive aquí?

—Soy el jefe de la estación —dijo orgullosamente el viejo.

—¡Si no ha funcionado nunca! ¡Y hasta la compañía

constructora se ha disuelto!

—¿Y qué? Esta maldita guerra no va a durar siempre. Otra compañía comprará entonces las acciones de la vieja y continuará las obras. Esta estación cambiará por completo. Usted, si vive, la verá llena de flores y de banderas de México y los Estados Unidos. Y yo seré el jefe. Yo daré la salida al primer tren que pase por Carlsbad.

Flanagan pensó que aquel tipo era un soñador. Pero con soñadores como él estaba cambiando un país tan inmenso que no parecía haber sido hecho para los hombres.

El viejo murmuró:

—De modo que usted ha querido conocer esto…

—Ya ve: me he dado una vuelta. Y me extraña que usted limpie las vías cuando por aquí no hay ningún tráfico.

—Puede que lo haya pronto.

Flanagan entornó los párpados.

Recordó las dos únicas palabras que el barbero había pronunciado antes de morir:

«El tren».

—¿Insinúa usted que un convoy irá desde Artesia hasta México? —preguntó el joven.

—Es posible. Se dice.

—¿Ha recibido usted alguna orden?

—Sí. Que mantenga la vía en buen estado.

—¿Quién se la ha dado?

—¿Quién me la va a dar? La comandancia militar sudista. Es la que ahora tiene la autoridad aquí.

Flanagan pensó que por poco tiempo.

Pero no quiso contradecir al viejo ni desilusionarle.

Aquel tipo obedecería al diablo si el diablo le prometía poner en funcionamiento el ferrocarril, que era toda su vida.

—¿Y no sabe si va a pasar un tren?

—Imagino que sí. Por algo me han dicho que cuide todo esto, después de tantos años de abandono. Oiga…

—¿Qué, amigo?

—¿No será usted un espía del Norte? Pregunta muchas cosas.

Flanagan lanzó una carcajada.

—Cierto, amigo soy un espía del Norte. Me llamo Flanagan y

tengo el grado de capitán. Pertenezco a la Caballería. No haga caso al verme vestido así, como un vaquero. Mi uniforme lo he dejado en las líneas de mis compañeros, que están a poca distancia.

El viejo le miró de soslayo.

Y luego lanzó una carcajada también.

—Está usted de broma, amigo. No sé cómo conserva aún el humor, con esta maldita guerra. ¿Quiere tomar un trago?

En casos como aquél, Flanagan siempre decía la verdad. Y jamás se había dado la circunstancia de que le creyeran.

—No tengo tiempo ahora, amigo —murmuró—. Pero puede que más tarde vuelva y pruebe ese licor de serpiente que usted debe tener dentro.

—¡Y que lo diga! Meto una serpiente bien gorda en un barril de *whisky*, y espero que se ahogue allí. Al cabo de unos seis meses el *whisky* está sensacional. Y dicen que cura todas las enfermedades.

Flanagan sintió que se le crispaba la garganta.

Murmuró:

—Bien pensado, puede que no tenga tiempo de venir a brindar con usted, compañero.

—¿Tanta prisa tiene?

—Sí.

—¿Por qué?

—He de matar al menos a tres hombres.

El viejo volvió a reír.

—¡Qué cosas tiene usted, amigo! ¡Por lo que veo, siempre está de broma!

Pero lo curioso era que también esta vez Flanagan había dicho la verdad.

Pensaba matar a tres hombres.

Al menos a tres hombres.

La calle principal de la ciudad estaba vacía y silenciosa. No se veía a persona alguna. Las chicas habían desaparecido de las puertas de los saloons, y allí ya nadie enganchaba a nadie. La barbería, naturalmente, había sido cerrada. Alguien había retirado los cadáveres, pero como una bárbara acusación seguían allí las inmensas manchas de sangre.

La puerta del hotel estaba cerrada.

La ciudad entera notaba el paso de los salvajes pistoleros de

Wallace.

Flanagan cruzó por delante de una casa muy hermosa, pintada de amarillo y blanco.

La contempló con admiración.

Parecía mentira que en Carlsbad, al fin y al cabo una ciudad de aluvión, hubiera una casa tan bonita.

Pero él no estaba allí para contemplar edificios más o menos hermosos. Se dirigía a un solo punto, que era la oficina del *sheriff*.

Puso los pies en el porche.

Y oyó las voces de los tres hombres.

Estaban hablando y riendo.

Por lo visto, uno de ellos debía ser bastante gracioso, porque los otros lanzaban carcajadas roncas.

Flanagan hizo un gesto de aburrimiento.

«Bueno —pensó—. A trabajar…».

Empujó los batientes y los miró a los tres. Uno estaba sentado frente a la puerta con los pies sobre la mesa. Era el que había manejado la navaja. Los otros dos le flanqueaban sosteniendo sendas botellas de *whisky*.

Flanagan murmuró:

—Así me gusta. Una reunión familiar en toda regla. Y es lo que yo digo, de una reunión familiar a un velatorio hay muy poca diferencia.

Los tres le miraban con la boca abierta.

Le habían reconocido, y ninguno de ellos acababa de entenderlo.

—¿De dónde… has salido tú?

—De por ahí…

—Tenías… que estar muerto.

—Y vosotros lo estaréis; no sé qué resulta más divertida, si una cosa u otra.

Los tres asesinos seguían petrificados.

No entendían la sangre fría de aquel hombre.

Hasta que en sus cabezas penetró la idea de que no estaba allí para bromear. De que debía ser un asesino bastante peor que ellos. Uno barbotó:

—Sucio bastardo…

Y se puso en movimiento.

Un movimiento que le llevó de cabeza a las grandes praderas de

la eternidad.

Flanagan había sacado el revólver. Lo hizo con una rapidez fulminante, con tal rapidez que los otros apenas vieron su mano derecha. Sonaron tres estampidos.

Los asesinos fueron segados por el plomo cuando aún no habían tenido tiempo ni de cambiar de posturas. Dos de ellos murieron con las botellas de *whisky* en las rodillas. El otro con los pies todavía sobre la mesa.

Flanagan había hecho tres disparos.

Pero sonaron cuatro.

El joven se volvió, con el revólver todavía humeante, para ver al hombre que yacía en el umbral, con la cabeza atravesada de parte a parte. La bala del rifle había sido de efectos fulminantes. Y detrás del muerto, con el rifle en la mano, se encontraba una mujer que hizo parpadear a Flanagan, que nubló sus pensamientos, hasta el extremo de que se olvidó completamente de los cadáveres.

—Éste también pertenecía al grupo —dijo ella tranquilamente—. Iba a matarle por la espalda.

Flanagan volvió a parpadear.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—¿Y eso qué importa?

—Importa mucho. Cualquier hombre querría saberlo.

Y examinó meticulosamente sus curvas, que el elegante vestido negro no ocultaba, sino que realzaba. Se enteró de que sus tobillos eran finos y torneados y de que aparecían cubiertos por unas medias muy sugestivas. Vio sus labios rojos y palpitantes. Su tez limpia y blanca. Sus cabellos pelirrojos, que le caían sobre los hombros como una llama.

Repitió:

—Sí. A cualquier hombre le importaría.

—Pero a mí no me interesan los hombres. Usted es uno de los que estaban en la barbería, supongo. El único que quedó con vida.

—En efecto.

—Celebro haberle salvado la vida. No me gustaba que esos cerdos se salieran con la suya. Y ahora, adiós.

Fue a alejarse. Flanagan alzó una mano bruscamente.

—¡Eh, señorita!

Ella se volvió.

En sus ojos flotaba una mirada de desdén.

Se notaba que no le interesaban los hombres. Les hombres en general. Quizá había alguno que en particular le interesase, pero desde luego no era Flanagan.

Porque ella preguntó sin detenerse:

—¿Qué quiere?

—Aún no me ha dicho quién es usted.

—No le interesa. Buenos días.

Y siguió alejándose.

Pero Flanagan no estaba dispuesto a dejar las cosas así.

Aquella mujer le interesaba no sólo por lo bonita que era, sino también por su extraña conducta.

La fue siguiendo.

Ella parecía llenar la calle solitaria. La llenaba con su presencia, con la rotundidad de sus curvas, con su gracia al andar. Y de pronto se desvió a su derecha. Flanagan vio que ella se dirigía a la magnífica casa amarilla y blanca que antes había visto, y que le había llamado la atención por ser, con mucho, la mejor de la ciudad.

La muchacha fue a abrir la puerta con un llavín.

Flanagan murmuró:

—¿Vive aquí?

—Sí.

—Hum… Se nota que no pide usted limosna.

—¿Le gusta la casa?

Flanagan la volvió a mirar apreciativamente, desde las puntas de los zapatos a los cabellos pelirrojos, que más que nunca le parecían una llama.

—Me gustan muchas cosas —susurró.

—Pues conmigo pierde el tiempo, camarada. Estoy prometida a otro hombre. Y soy lo que se dice una chica fiel.

—Me parece perfecto. Lo extraño sería que una joya como usted fuese por ahí sin dueño. ¿Pero por qué no me dice al menos su nombre? No hay en eso nada de malo. Me ha salvado la vida, ¿no? Al menos, deje que pueda enviarle un ramo de flores el día de su santo.

—Me llamo Estrella.

—¿Estrella? ¿La hija de…, de un jefe apache?

—Sí.
Flanagan se quedó petrificado.
Flanagan se quedó sin respiración.
Flanagan se quedó con la boca abierta.

CAPÍTULO V

LA CIUDAD DEL TERROR

Y aún seguía con la boca abierta cuando entró en el saloon. El saloon acababa de abrir. Y acababa de abrir porque se sabía que los hombres de Wallace estaban muertos en la oficina del *sheriff* y que había cesado el peligro para la ciudad. En la barra, bebiendo, había ya media docena de personas. Los comentarios eran un auténtico hervidero.

—Os digo que los mató un hombre solo.

—¡Imposible!

—En un momento. «¡Zas zas, zas!». Los liquidó sin que se dieran cuenta. Yo lo vi todo desde una ventana.

—Claro que entonces uno iba a liquidarle por la espalda.

—Pero entonces intervino Estrella. Ésta también le atizó. ¡Y de qué modo!

—Pero ¿por qué? ¿Qué razón había para que interviniera esa mujer?

—Tiene odio a los pistoleros de Wallace.

—¿Por qué?

—No le faltan motivos.

Flanagan había oído todos esos comentarios desde la puerta, mientras ponía las manos en los batientes.

Entonces entró.

Y se hizo un instantáneo silencio, mientras todos le miraban con asombro.

Como si acababa de entrar la propia muerte.

El tabernero masculló:

—Di… ¡diablos!

Y el que había estado hablando con los demás dio un codazo al más próximo.

—Miradlo bien. Es ese tipo.

—¿El que ha matado a los de Wallace?

—El mismo. Por Satanás, no hay más que fijarse en sus ojos. Mírale bien. Tiene ojos de asesino.

Flanagan se acodó en la barra.

No miraba a nadie.

—Un *whisky* doble —pidió.

Se lo sirvieron enseguida, como si él fuera el único cliente del saloon.

—La casa invita, caballero —dijo el dueño—. Como si quiere usted un barril. La casa paga.

—No tienen por qué estarme agradecidos —dijo Flanagan—. No he hecho más que liquidar a unos canallas.

—No lo hacemos por gratitud, sino porque admiramos a los pistoleros como usted. De gratitud, nada. Más bien nos ha perjudicado con esas muertes.

Flanagan se sorprendió.

Dejó el vaso sobre la barra.

—La verdad, tampoco creí perjudicarles —musitó.

—Pues lo ha hecho.

—¿Por qué?

—Los hombres de Wallace volverán. Tal vez venga el mismísimo jefe. Ellos no perdonan nunca el que se liquide a sus compañeros.

—Me parece lógico.

—¿Vio lo que ocurrió con el *sheriff*?

—Cuerno, claro que lo vi.

—El *sheriff* había ahorcado a uno o dos de los suyos y no le perdonaron. Para los hombres de Wallace, la sangre trae sangre. Ya verá cómo vuelven por aquí. Ya verá cómo la ciudad termina pagando esas muertes.

Flanagan sonrió secamente.

—Tal vez yo tenga mucho gusto en recibir a los otros que vengan —murmuró.

—No sea iluso —murmuró uno de los que estaban a su lado.

—¿Iluso? ¿Por qué?

—No le desafiarán. Por rápido que usted sea, no podrá hacer nada ante ellos. Le matarán por la espalda. Ya ha visto lo que ha ocurrido antes. Si no llega a ser por Estrella, usted estaría muerto. Y Estrella no va a estar siempre con el rifle dispuesto.

Flanagan arqueó una ceja.

Tras vaciar de un trago el *whisky* doble, murmuró:

—¿Estrella? Hay muchas cosas que no entiendo de esa mujer.

—¿Por ejemplo?

—Que viva en la mejor casa de la ciudad siendo la hija de un jefe apache.

—Del jefe apache más importante que hay en Nuevo México —corrigió el dueño del saloon.

—Por esa razón no entiendo que viva entre los blancos como una millonaria —dijo Flanagan—. Y conste que no tengo nada en contra de que los indios vivan entre nosotros. Al contrario, lo encuentro deseable. Pero me extraña que ese hecho se produzca, porque hasta hace poco las tribus estaban en guerra.

—Estrella ha evitado muchas matanzas —dijo uno de los bebedores—. Ella ha trabajado intensamente por la paz en esta zona. Por eso todo el mundo la quiere.

El tabernero añadió:

—Es hija de una mujer blanca. El jefe apache se casó con la viuda de un coronel y tuvieron esa hija. La mujer murió al poco tiempo, y Estrella pasó a educarse con la familia de su madre, que no tenía nada de pobre. Desde entonces ha vivido aquí.

—¿Sola?

—No. El que cuida de ella es un tío suyo que hace las veces de tutor. Un comandante de Caballería ya retirado. Un hombre de cuerpo entero, créame. Ya tiene años, pero no consiente que le mande nadie. Antes de doblegarse, se dejaría matar.

Sirvieron a Flanagan otro *whisky* doble sin que él lo hubiera pedido.

Flanagan bebió antes de preguntar:

—¿No iba a casarse Estrella?

—Sí. Decían que su hermano quería casarla con un oficial sudista. Una garantía más de paz, ¿sabe? Porque su padre no está muy convencido de cómo marchan las cosas y parece que quiere volverse contra los hombres blancos. El problema está en que la

reserva apache, van a constituirla cerca de las White Sands, en unas tierras pésimas y bastante alejadas del valle de los Siete Ríos. Los apaches dicen que están dispuestos a ir a la guerra antes de morirse de hambre.

—Me parece lógico. No se puede condenar a todo un pueblo a la muerte lenta. ¿Y Estrella, sin embargo, predica la paz?

—Ella sabe que su pueblo, si va a la guerra será destruido. Por eso predica la prudencia. Se casará con ese oficial sudista para que no haya luchas. Y tratará de conseguir la subsistencia para su pueblo por medio de un arreglo.

Flanagan terminó el *whisky*.

—No sólo me parece una chica cada vez más bonita —murmuró—, sino que me parece también una chica muy razonable.

Y miró hacia la puerta.

No sabía que Estrella estaba pasando en aquellos momentos por uno de los apuros más terribles de su vida.

No lo sabía ni podía imaginarlo.

Los cuatro jinetes habían entrado en la ciudad.

Tres eran altos y cuadrados, y uno era pequeño y ratonil. Iban armados hasta los dientes y llevaban cintos de balas cruzados sobre el pecho, al estilo de los bandoleros mexicanos. Sus sombreros de anchas alas, cubiertos de polvo, indicaban que acababan de efectuar un largo viaje.

Uno murmuró:

—Ésos ya deben haber matado al *sheriff*.

—Sí, y estarán en su oficina.

—Vamos.

Desmontaron ante la oficina del *sheriff*, en la calle espantosamente desierta.

Y vieron a sus amigos.

Efectivamente estaban.

No se habían movido de la oficina del *sheriff*. Nadie los había sacado tampoco de allí.

Los cuatro recién venidos se quedaron como clavados en la puerta, todos con unas facciones que parecían haberse vuelto de color plomo.

—Infiernos… Los han…, los han aplastado…

—Yo estoy seguro de que lo ha hecho un solo hombre.

—¿Por qué?

—Fíjate en la dirección de las balas. Las tres han venido del mismo sitio, excepto en el caso de Richard, que está cruzado en la puerta.

Uno de los recién llegados hizo crujir los nudillos.

—Cuando Wallace se entere, es capaz de hacer arrasar la ciudad.

—Wallace tiene otras cosas más importantes en qué pensar —dijo el pequeñajo.

—¿Tú qué sabes?

—Yo he oído hablar del tren.

—¿Y eso qué…?

—No lo vislumbro aún, pero Wallace está preocupado. Es algo importante. Le interesa hacerse con el dominio de la ciudad, y para eso no puede arriesgar hombres inútilmente. Tampoco le interesa destruirla. El tren ha de llegar normalmente, sin notar nada raro.

—Tú estás muy enterado, Pinkell.

—Lo que sé es por frases sueltas que he oído pronunciar al mismo Wallace.

—Pero al menos querrá tener garantizada la ciudad. Y para eso hemos de «limpiarla» del tipo que ha matado a nuestros amigos.

—Por supuesto.

—Tú, Pinkell.

—Dime, Jess.

—Quizá en el saloon sepan algo. A ti no te notarán si te pegas junto a los batientes. Escucha y vuelve.

—De acuerdo.

Pinkell se largó.

Efectivamente, era un tipo al que apenas se veía, cuando tenía interés en pasar inadvertido.

Volvió al cabo de ocho minutos.

—El fulano que los ha matado está en el saloon. Parece que se llama Flanagan y que es forastero. Pero ha contado con la ayuda de una mujer llamada Estrella.

—¿Estrella?

—Dicen que es muy bonita y que vive en la mejor casa de la ciudad.

—La mejor casa… Entonces tiene que ser esa blanca y amarilla que hay a poca distancia de aquí.

—Eso es también lo que yo creo.

Jess se relamió los labios.

—¿Una mujer bonita? No estaría de más hacer un escarmiento con ella. Luego nos ocuparemos del tipo del saloon.

—Tengo una idea mejor —murmuró Pinkell.

—¿Cuál?

—Vosotros os divertís con ella. Y cuando os hayáis divertido, yo voy a avisar a ese hijo de perra. Le hago entrar en la casa, fingiendo ser amigo suyo y estar indignado por lo ocurrido. Él os desafiará sin duda. Absorbéis toda su atención y entonces yo le mato por la espalda. ¿Hace?

Todos asintieron.

—Otras veces hemos «trabajado» así y siempre hemos tenido éxito —murmuró Jess.

—Entonces, adelante.

Los cuatro se dirigieron hacia la casa amarilla y blanca.

Pero Pinkell iba detrás.

Pinkell no era más que un sucio mirón.

Las recias pisadas retumbaron en el porche mientras los cuatro se acercaban a la puerta.

Fue Murel el que se lanzó.

Era una auténtica torre humana y no había puerta que se le resistiera. Dos feroces empujones le bastaron para derribarla. No sabían lo que iban a encontrar detrás de aquella puerta, por lo que tal vez se estaban arriesgando demasiado. Pero tuvieron suerte. Detrás de la puerta no había más que una doncella india que se retiró enseguida conteniendo una mueca de horror. Los cuatro forajidos avanzaron hacia las altas escaleras que partían del vestíbulo, llegando hasta el piso superior.

Pero de pronto se detuvieron.

Alguien había aparecido arriba.

Era un solo hombre.

Un hombre alto, delgado, impecablemente vestido de negro, y que debía tener ya unos sesenta años. Tenía un aspecto digno y estirado, y para caminar se apoyaba en un bastón.

Les detuvo con un seco gesto.

—¿Quiénes sois, pedazos de carroña?

Los cuatro miraron hacia arriba.

Jess barbotó:

—¿Y tú, fantasma?

—¡Soy el comandante Custer!

—Pues vete al infierno, comandante. No queremos nada contigo. Lo único que nos interesa es una chica que vive aquí. Nos han dicho que es sensacional.

Custer escupió las palabras:

—¡Atrás piojosos!

—Parece que no tienes demasiada simpatía a los forasteros, ¿eh?

—A los forasteros como vosotros, no. Sólo sois sucia carroña.

Murel barbotó:

—¿A qué escuchar tantas monsergas? ¡Dale ya, Jess!

Jess estaba apuntando hacia arriba con su revólver.

Pero no llegó a disparar.

Con un gesto lleno de asco y de desprecio, Custer lanzó su bastón.

Lo hizo con una habilidad diabólica.

La punta del bastón, al oprimir un resorte, se había transformado en la punta de una jabalina.

Jess la recibió en mitad del pecho.

Y lanzó un alarido, mientras el revólver resbalaba de entre sus manos.

Murel disparó dos veces.

El comandante Custer se llevó las manos al pecho y las retiró empapadas de color escarlata. Luego rodo escaleras abajo mientras aún barbotaba:

—Perros…

Ninguno de los tres hizo caso.

Subieron arriba.

Jess, no.

Jess ya no podía preocuparse de nada.

La jabalina lanzada con una fuerza y una precisión increíbles, le había atravesado el corazón en línea recta.

Abrieron las puertas brutalmente.

Y de pronto quedaron asombrados, paralizados, convertidos en sus propias estatuas.

La chica estaba en su dormitorio.

La habían sorprendido con una bata casi transparente.

Y Estrella no intentó moverse.
Sólo preguntó con desprecio:
—¿Qué queréis, cerdos?
Dos granujas avanzaron hacia ella.
Avanzaron como una marea densa, viscosa.
Pinkell, no.
Pinkell se quedó mirando.

Pero si suponían que la chica iba a estarse quieta hasta que la alcanzaran, se habían equivocado de medio a medio. Porque Estrella demostró ser una mujer de recursos cuando movió su mano derecha. Hasta entonces no habían visto que tenía oculta en ella una pequeña flecha con un contrapeso de plomo.
La lanzó hábilmente.
Y hubiese atravesado en línea recta la garganta de Murel si éste no llega a alzar la mano derecha con un gesto instintivo de protección. Su suerte fue increíble. La flecha se hundió en la protección de cuero que él siempre llevaba en la muñeca, y no llegó a producirle más que un leve rasguño en la piel.
—¡Maldita…!
Cayeron salvajemente sobre Estrella.
La golpearon en la boca haciendo que los labios de la muchacha se tiñeran de sangre.
Pinkell esperó.
Aún no iría a avisar al tipo del saloon.
Esperaría a que la cosa terminase.
Justamente ahora se estaba «animando».

Pero Flanagan había dejado de beber. Acababa de oír dos cosas que le habían llamado la atención.
Una eran los dos golpes tremendos a la puerta de una casa cercana.
¿La casa de Estrella tal vez?
Al principio no le dio importancia.
Pero luego oyó —o le pareció oír—, el estampido de un disparo ahogado por las paredes.
Dejó el vaso de *whisky* sobre la barra y musitó:
—Van a tener que disculparme, amigos.
—¿Qué pasa?

—No sé… Huelo algo que no me gusta.
Y salió.
No tuvo que ir muy lejos.
Por fuerza hubo de llamarle la atención la puerta derribada de la casa de Estrella.
Pero hubo algo más. Vio un hombre vestido de negro —con la camisa empapada en sangre—, que había logrado llegar hasta la puerta, arrastrándose penosamente. Ahora aquel hombre ya estaba muerto. Pero era como un mudo mensaje, como una llamada que Flanagan captó.
«Tiene que ser el comandante Custer…», pensó.
Y se dirigió hacia allí.
Al llegar al vestíbulo, vio a un hombre muerto con una especie de bastón-jabalina clavado en el pecho. Y arriba se oían voces.
Pinkell se dio cuenta de la situación.
Se dio cuenta de que Flanagan subía.
Con expresión plañidera, arañando el aire con sus pequeñas manos, barbotó:
—¡Corra! ¡Corra, por Dios! ¡Dos hijos de perra están intentando matar a una mujer!
Flanagan subió.
Y Pinkell se situó a su espalda mientras le apremiaba:
—¡Corra! ¡Corra!…
Flanagan entró en el dormitorio del piso superior.
Los dos tipos se volvieron a la vez soltando a Estrella, a la que por el momento sólo habían tenido tiempo para golpear y zarandear.
Echaron mano a los revólveres.
Pinkell estaba detrás de Flanagan.
Desenvainó el cuchillo mientras rechinaba los dientes, dispuesto a clavárselo en la columna vertebral.
De pronto lanzó un chillido.
Un chillido espantoso.
Flanagan se había dejado caer al suelo mientras movía las dos manos a la vez. Con una sacaba el revólver. Con la otra desenfundaba el cuchillo de desollar que llevaba remetido a un lado del cinturón canana.
Fue la mano izquierda la que antes se movió.

Describió en el aire una especie de arco fatídico.

Pinkell cayó hacia atrás cuando aquel enorme cuchillo casi le abrió en canal. Sus compañeros se dispusieron a disparar, pero les había desorientado la rápida maniobra de Flanagan al lanzarse a tierra.

Las balas pasaron altas.

Flanagan, desde el suelo, medio protegido por uno de los costados de la puerta, hizo dos rápidos disparos. Las dos alcanzaron su objetivo, vio a los dos hombres resbalar y caer finalmente, mientras dos manchas de sangre parecían formarse en el aire deshaciéndose instantáneamente.

Flanagan disparó de nuevo.

Uno de sus enemigos no estaba muerto aún cuando llegó al suelo, y no podía arriesgarse a dejarlo disparar. El mismo estaba en una situación comprometida si el otro hacía fuego.

De modo que lo remató.

Estrella apenas se había movido.

Lo vio ponerse en pie.

Y con un gesto displicente se limitó a arreglarse la bata, mientras murmuraba:

—Perdone, creo que no estoy demasiado presentable.

Flanagan estaba asombrado.

¿Qué diablos de mujer era aquélla?

Estrella pasó por encima de los muertos, alzándose un poco el borde de la falda, mientras susurraba:

—Le prepararé un poco de té. Es lo menos que puedo hacer por usted. O tal vez prefiera *whisky*…

Flanagan no sabía qué pensar.

Se había puesto en pie y miraba asombrado a la chica.

—Oiga —bisbiseó—. Usted es toda una señora, de eso no cabe duda. Pero también es una estatua.

—¿Por qué dice eso?

—Porque han matado al hombre que cuidaba de usted y, sin embargo, no se inmuta.

—Su muerte estaba escrita en los astros —murmuró ella—. Nada se podía hacer para adelantarla ni para evitarla. Ha llegado su hora y ha sido vengado. Yo nada puedo hacer. Los astros siguen su camino.

Flanagan hizo crujir sus nudillos.

—¿Aprendió eso con los indios?

—Los indios me enseñaron muchas cosas que los hombres blancos deberíais aprender también.

—Una de ellas es el fatalismo, ¿no? Y la resignación.

Lo que está escrito tiene que suceder.

—Así es.

—Pues se me está ocurriendo que a ti te tiene que suceder otra cosa.

—¿Qué?

—Debía estar escrito que nos conociéramos.

—Sin duda.

—Y que nos encontraríamos dos veces.

—Eso es evidente.

—Pues también debía estar escrito que me gustarías.

Ella arqueó una de sus hermosas cejas.

—¿Adonde quieres ir a parar?

—Quiero ir a parar a que también debía estar escrito que pasaría… ¡esto!

Y la estrechó en sus brazos.

La atrajo hacia sí.

Tenía la fuerza de un ciclón.

La plegó contra su pecho.

La besó en la boca.

Ella no se movió.

Le dejó hacer.

Le dejó hartarse de sus labios torneados y firmes.

Y sólo cuando Flanagan la soltó, asombrado por su frigidez, Estrella bisbiseó:

—Miserable…

Flanagan la soltó poco a poco.

—No hay duda de que eres una dama —musitó—. La dama más distinguida que he conocido.

Y salió de allí.

Casi tropezó con los cadáveres.

La cabeza le daba vueltas…

CAPÍTULO VI

EL EXTRAÑO TEO LANCASTER

Cuando salió a la calle, aún seguía dándole vueltas la cabeza. Flanagan no era de esos hombres que besan a las mujeres así como así. Había besado a muy pocas. La guerra, además, no le había dejado demasiadas oportunidades para dedicarse a hacer de galanteador.

Pero ésta era diferente a todas.

Ésta era…

¡Infiernos, era única!

Claro que Estrella nunca sería suya.

Se notaba que le había despreciado, que había aceptado su beso con indiferencia, como hubiera tenido que aceptar una rociada de barro sobre un vestido nuevo, al atravesar la calle.

Tampoco le interesaba.

Él tenía cosas más importantes que hacer.

La había besado siguiendo un impulso irresistible, pero haría bien en olvidarla. Al diablo aquella mujer. En Carlsbad había cosas mucho más importantes que ella.

Claro que de momento seguía mareado.

¡Qué señora!

Flanagan veía curvas por todas partes.

«Necesito un trago», pensó.

Y volvió de nuevo al saloon.

Pero, en contra de lo sucedido unos momentos antes, ahora el local estaba vacío. No se distinguía ni al dueño.

—¡Eh! —masculló el joven—. ¿Qué pasa? ¿Es que de repente

han decidido morirse todos?

Pero pronto comprendió lo sucedido.

Debía haberse corrido ya la voz de que a la ciudad habían llegado más pistoleros de Wallace.

Y todo el mundo habría decidido más o menos parapetarse en su casa, no arriesgándose a deambular por la calle.

Flanagan pensó: «Mejor. La casa seguirá invitando. Me serviré el trago yo mismo».

Y tomó una botella de *whisky* y una copa.

Pero en aquel momento una voz susurró:

—Que sean dos, muchacho.

Flanagan se volvió de pronto.

Y en la puerta vio a Teo Lancaster, que con la mano sobre la culata le sonreía socarronamente.

Flanagan murmuró:

—Ya era hora de que te descolgaras por aquí, amigo.

—Je, je… No dirás que me echabas en falta.

—Tanto como eso, no.

—A ti nunca te ha gustado verme. ¿A qué viene tanto entusiasmo ahora? ¡Ni que fuésemos amigos de verdad! La cosa tiene narices, muchacho.

Flanagan no contestó.

Sirvió dos copas.

—Pediste que te dejáramos escapar de nuestro campo por un motivo muy concreto, Lancaster —dijo al cabo de unos instantes.

—¿Qué motivo? Dímelo porque ya ni lo recuerdo. Es terrible, muchacho. ¡Lo desmemoriado que soy!

—Ibas a casarte con Estrella.

—Ah, sí. Estrella… Suculenta chica, ¿eh?

—Suculenta de verdad.

—Por tu forma de contestar, parece que la conoces.

—He tenido algún contacto con ella.

—¿Y… qué te parece?

—No tiene aspecto de india.

—Pues lo es. Y además hija de un jefe… Los apaches harían cualquier cosa si ella lo ordenara… Incluso detener la guerra que ya están preparando y que quizá se haga inevitable.

—Por eso tenías que casarte con ella, Lancaster. Y por eso te

dejamos marchar. Para que en esta tierra hubiera paz.

Lancaster se acercó.

Tomó con calma la copa de licor que Flanagan le había preparado, olió el contenido, puso los ojos en blanco y lo bebió de un trago. Luego chascó la lengua, como un *gourmet* satisfecho de la vida.

—Hum… Excelente *whisky*. Y barato…

—Claro. Aquí no hay nadie para cobrar…

—Entonces, repitamos. La ocasión la pintan calva.

—Antes debes contestar a mi pregunta, Lancaster. ¿Por qué no te has casado aún? Me dijiste que lo harías enseguida.

—¿Y tú qué prisa tienes?

—Diste tu palabra de volver a nuestras líneas una vez casado. Tu palabra, Lancaster. Nunca has faltado a ella.

Lancaster se preparó él mismo otra copa de *whisky*.

—Los hombres no somos siempre iguales, muchacho —dijo, después de beber lentamente.

—¿Qué quieres decir?

—Una cosa muy sencilla. No pienso casarme con esa mujer ni con ninguna otra… Pero con ésa menos.

Flanagan se mordió el labio inferior.

No supo por qué lo hizo.

Casi ni se dio cuenta.

Pero cuando descargó el primer golpe sobre Lancaster las facciones de éste se tiñeron de sangre.

CAPÍTULO VII

LANCASTER & FLANAGAN,

ESPECIALISTAS EN DESTRUCCIONES

El golpe de Flanagan había sido uno de los más atroces, certeros y contundentes que había dado en su vida. Y eso que Flanagan los había dado de todos los calibres. Uno de esos golpes que terminan con el enemigo —y con el combate—, cuando éste no había ni empezado.

Se oyó un crujido de huesos.

Pero Teo Lancaster lo resistió.

¡Vaya si lo resistió!

Cayó de espaldas sobre una mesa, la hizo añicos y se levantó tan fresco.

Con voz ronca masculló:

—Maldito, podías haberme dejado al menos terminar el *whisky*…

Flanagan apretó los puños de nuevo.

—¿Vas a casarte con ella o no?

—Pero, hombre, ¿qué prisa hay?

—¡Lo que no hay es derecho a que juegues con esa mujer!

—Yo no juego, hombre, yo no juego…

Y se acercó como si fuera a llenarse otra vez una copa.

Pero su puño derecho salió disparado.

Sonó como un barreno en la mandíbula de Flanagan.

La verdad era que éste no había esperado el golpe. Se dejó sorprender y fue cazado de lleno. Cayó hacia atrás, chocó contra la

barra y la hundió completamente.

Lancaster se frotó los nudillos con una pasmosa tranquilidad.

—Hum… Ya te he dicho que yo no jugaba, muchacho.

Flanagan se frotó la mandíbula. No se comprendía muy bien cómo había podido resistir por su parte aquel golpe. Pero lo cierto fue que se lanzó al ataque de nuevo, fintando con el puño izquierdo y dispuesto a rematar con el derecho.

Lancaster cayó en la trampa. Se cubrió mal. El izquierdo pasó entre sus puños como un estoque y le alcanzó en la nariz, haciéndole vacilar un momento. Al descuidar la guardia, recibió un terrible gancho en el pómulo. Sus pies se levantaron del suelo.

Pero no cayó.

Quedó vertical como antes y con una extraña y despectiva sonrisa flotando en sus labios.

—Tú te has creído que pegas bien, ¿eh?

—Por lo menos tan bien como tú.

—Pues aún no hemos empezado, muchacho. Estos golpes son lo que yo necesitaba para ponerme en forma.

Y se lanzó al ataque.

Esta vez había levantado una silla.

Flanagan no pudo prever el movimiento. Por unos segundos pareció como hipnotizado por los ojos de su rival.

La silla se hizo astillas en su cabeza.

El impacto fue terrible.

El cerebro de Flanagan pareció cambiarse de sitio.

Por unos momentos, perdió el mundo de vista. Giró sobre sí mismo lentamente. Y Lancaster aprovechó para conectarle a la mandíbula dos durísimos ganchos que le hicieron levantar los pies del suelo.

Flanagan terminó de girar sobre sí mismo.

Cayó de bruces sobre una mesa, que también hizo astillas con el peso de su cuerpo.

Lancaster lanzó una carcajada.

Ahora estaba seguro de vencer.

Se adelantó para remachar la paliza con un par de golpes que serían decisivos, pero se encontró con algo que surcaba los aires. Era una de las botas de Flanagan. La recibió de lleno en la cara, que se convirtió definitivamente en una máscara roja.

Ahora el que giró sobre sí mismo fue Lancaster.

Se estrelló contra una de las ventanas, que quedó hecha añicos, pero no salió despedido por ella gracias a que en el último instante se sujetó a los batientes.

La vista se le nubló.

Y cuando pudo ver las cosas claras de nuevo, se encontró con que Flanagan estaba frente a él.

Lanzó un gruñido.

Pero los dos golpes que encajó a continuación le hicieron tener la sensación de que el cerebro le a salir por las orejas. Su vista volvió a nublarse. Mecánicamente dio un puntapié al bajo vientre de su enemigo y éste se retorció, mientras daba unos pasos hacia atrás.

Lancaster pensó que allí estaba su oportunidad.

Saltó hacia la gran lámpara central del saloon, colgándose de ella y haciendo un movimiento de columpio. Trataba con ello de ganar impulso para lanzarse sobre su enemigo.

Y ganó impulso. Vaya si lo ganó…

Tanto que, cuando Flanagan se agachó y el otro pasó por encima, fue a estrellarse contra el gran cristal que había detrás de la barra, haciéndolo añicos y destrozando también todas las botellas que había colocadas en los anaqueles.

Para colmo la lámpara cayó.

Todo el saloon se llenó del estruendo a muebles y a cristales rotos.

Lancaster barbotó:

—¿Por qué tienes tanto interés en que me case, maldito?

—Ante todo, para que cumplas tu palabra. Sería la primera vez que faltaras a ella.

—Olvídate de eso.

Flanagan se restañó la sangre que también manaba de sus labios.

—Ya es difícil de olvidar una cosa así… Pero, en segundo lugar, porque ella no puede vivir sola en una ciudad como ésta. Corre demasiados peligros. Hace muy poco han matado a su tutor. Y unos pistoleros de Wallace han tratado de violentarla.

—¡Mandangas!

—Voy a partirte la mandíbula, Lancaster. Voy a partirte la mandíbula, de tal modo que luego no encontrarán ni los pedazos de

los dientes.

Lancaster lanzó una carcajada.

Parecía imposible que con su cara desencajada y rota aún sintiera deseos de reír.

Mientras preparaba de nuevo los puños barbotó:

—Ya sé lo que te ocurre, muchacho. Ya sé por qué te preocupas tanto por Estrella. ¡Diablos, ahora lo comprendo!

—¿Qué pasa?

—¡Te has enamorado de ella!

Flanagan parpadeó.

De pronto fue como si la venda que había cubierto sus ojos se apartara de ellos.

De pronto comprendió algo que hasta entonces no había pensado. Comprendió que Lancaster…, ¡acababa de decir la verdad!

Pero quizá fue eso lo que más le indignó.

Él no quería que en su vida entrara ninguna mujer.

Con voz ronca gritó:

—¡Maldito…!

Y disparó el puño derecho, seguido de un cruzado con el izquierdo y un gancho otra vez con el derecho. Lancaster, esta vez, no se había cubierto bien. Cayó como fulminado. Los anteriores golpes le habían «ablandado» lo suficiente para que ahora no pudiese reaccionar. Quedó en el suelo con los brazos en cruz mientras su pecho era estremecido por una respiración jadeante.

Flanagan se frotó los nudillos, que estaban tintos de sangre.

Fue hacia uno de los ángulos del saloon, donde había una gran jofaina con agua y se la lanzó encima, limpiándose. Casi instantáneamente se sintió mejor. El escozor de los golpes fue desapareciendo.

Pasó junto a Lancaster sin mirarle.

Era increíble la cantidad de destrozos que habían hecho en el saloon.

Daba la sensación de que por allí acababa de pasar la furia de los bárbaros.

Miró hacia atrás en el momento de salir.

Y vio que Teo Lancaster se arrastraba por el suelo, penosamente.

Parecía ir en busca de su revólver, que se le había caído en lo más violento de la pelea.

Pero, no.
Simplemente, iba en busca de una botella de *whisky*.
La única que quedaba intacta.

CAPÍTULO VIII

LA EXTRAÑA HISTORIA DEL TREN BLINDADO

Flanagan decidió quedarse en la ciudad. Como militar hubiera debido clavarle dos balas a Lancaster que al fin y al cabo era un condenado a muerte. Pero no quería hacerlo antes de que el sudista cumpliera si palabra. Lancaster siempre había sido un hombre de honor. No quería que ahora muriera como un falsario.

Se instaló en el hotel.

El hotel estaba cerca de la casa de Estrella.

Desde la ventana de la habitación que Flanagan alquiló, se veía la casa amarilla y blanca. Nadie salió de ella. Sin duda los cadáveres ya habían sido retirados, porque puertas y ventanas permanecieron cerradas.

El joven se situó junto a la ventana.

Estaba pensativo.

No podía evitarlo.

¿Él, enamorado de Estrella?

No quería pensarlo.

No quería enterarse de aquella turbación que sentía y que alteraba incluso el ritmo de su respiración, de un modo que hasta entonces no había sentido nunca.

Al fin chascó los dedos.

¡Al diablo!

Que se casara con Lancaster, puesto que estaban prometidos. Y a olvidar. Cuando Lancaster fuera fusilado, ella se habría convertido en la viuda de un héroe sudista. Esas cosas contaban. Sería respetada por vencedores y vencidos.

Flanagan intentó dejar de pensar en la chica.

Pero en ese momento golpearon con los nudillos en la puerta.

—Adelante —dijo.

La puerta fue empujada y alguien entró.

Ese alguien era Teo Lancaster.

Habían transcurrido un día y una noche desde la pelea. Flanagan llevaba todo ese tiempo instalado en el hotel, sin salir pendiente sólo de lo que ocurría en casa de Estrella. Y lo peor era que no sabía por qué, puesto que Estrella no hubiera debido importarle.

Miró a Lancaster.

Éste aún ostentaba en el rostro las huellas de la pelea, en la que había llevado la peor parte, aunque la verdad fue que hubo tunda para los dos. Pero en los ojos de Lancaster no había rencor, así como tampoco en sus labios. Sonreía con una especie de simpático desdén, como si se burlara de todo el mundo. Y en especial como si se burlara de Flanagan.

Se sentó en una de las sillas mientras miraba en torno suyo con expresión desorientada.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Tan miserable eres?

—¿A qué viene eso de si soy miserable o no?

—Es que no veo que hayas comprado ni una condenada botella de *whisky*.

Flanagan señaló un pequeño armario al lado de la cama.

—Ahí tienes una.

Lancaster no se hizo repetir la invitación. Abrió el armario sacó la botella, la descorchó con los dientes y la dejó medio seca.

Luego produjo uno de sus característicos chasquidos con la lengua.

—¿Qué? ¿Cuánto ha transcurrido? —murmuró.

—¿No llevas la cuenta?

—Yo no me fijo en detalles pequeños.

—Eres un maldito buitre, Lancaster. Sabes de sobra que el plazo expira el sábado a las tres de la madrugada. Estamos a jueves casi al mediodía.

—Hum… ¡Cómo pasa el tiempo! Quién lo hubiera dicho, ¿verdad?

—Supongo que has venido a invitarme a tu boda con Estrella.

Lancaster lanzó una carcajada.

—¡Pero qué manía, muchacho! ¡Dale con que me case!

—Hay bastantes razones de peso para que lo hagas. Creo que te las dije. Pero hay otra que no te dije y que también es fundamental: puede que los apaches consideren tu negativa como una ofensa. Puede que la difícil paz que han conservado con los blancos se rompa por esa causa.

Lancaster volvió a atizarse otro trago.

Luego se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Oye, chico, ¿es que tú solo piensas en los demás?

—Pienso en mi país.

—El país es grande y nosotros somos pequeños… Déjalo en paz. Pero ya que estás deseando ser útil a tus semejantes, he venido a darte una idea.

—¿Tú me das una idea para ayudar a los demás? No me digas…

—Se trata de algo que te interesará tanto como me interesa a mí.

—Habla.

Lancaster dijo una sola frase:

—El oro del Sur.

—¿Qué pasa con el oro del Sur? ¿Y qué es eso?

—¿No tienes más *whisky*?

—¡No!

—Bueno, bueno, no hay que ponerse así… Es que éste me lo terminaré enseguida. Y vamos al grano: ¿tú para qué crees que los hombres de Wallace quieren dominar la ciudad?

—Para expoliarla. Y para expoliar también toda la comarca que la rodea. Lo han hecho otras veces.

—Pues esta vez te equivocas.

—¿Hay algo más?

—Sí.

—¿Qué es?

—Ya te lo he dicho: el oro del Sur. No creas que los confederados son tan tontos. Saben que han perdido la guerra. Y, por esa causa, gran parte del oro que se guardaba en sus cajas tratan de pasarlo a México. ¿Sistema? La vía férrea que parecía no iba a utilizarse jamás. Por eso han dado orden de que sea acondicionada.

Flanagan empezaba a comprender.

Ligaba detalles.

Y notó que unas gotitas de sudor frío empezaban a perlar su frente.

—¿Todo el oro del Sur? —musitó.

—No. Sólo una parte, pero bastante considerable. La intención es disponer de dinero para poder comprar armas cuando la guerra termine y alimentar en el Sur la lucha de guerrillas.

—Había oído hablar de eso.

—Los sudistas han organizado un tren blindado que pasará por Carlsbad, siguiendo hasta la frontera de México. Es el sistema mejor para transportar una fortuna como la que ese oro representa. Naturalmente, el vagón en que ese oro viaja, estará aún más blindado que el tren.

Flanagan asintió.

Y las gotitas de sudor frío en sus sienes se hicieron más intensas.

—La máquina tendrá que repostar agua en Carlsbad —dijo Lancaster—. Dado el trazado de la ruta tiene que hacerlo inevitablemente aquí. Y los hombres de Wallace estarán esperando. Bueno, por lo menos con eso contaban. Un tren parado no se les podrá resistir, por muy blindado que esté. Esos hijos de zorra cuentan con dar el golpe más importante de toda su vida.

Flanagan dio un brinco.

—¡Cuerno! ¡Vete al diablo! ¿Qué tengo yo que ver con el oro del Sur? ¡Que se pudra!

—De acuerdo, que se pudra… Pero supongo que, como hombre de orden que eres, te reventará que de él se apoderen unos desalmados como los de Wallace, que además están en «excelentes» relaciones contigo.

—De acuerdo lo lamentaría. Pero los sudistas ya se encargarán de pasar.

—No, muchacho, no podrán hacerlo. El golpe está bien montado. El tren blindado no les servirá de nada.

—Ése no es asunto mío.

—Claro que lo es, amigo. El Gobierno nordista también está enterado de la existencia de ese oro y del viaje que se pretende que haga. Por eso habéis organizado una ofensiva, con el propósito de cortar la línea férrea. Pero eso significaría adelantar demasiado vuestras líneas y correr el peligro de quedar copados. Por eso se ha preferido la vía diplomática. El Gobierno de Washington ya ha

hecho una reclamación al de México. Cuando los del Sur nos rindamos (porque no hay duda de que tendremos que rendirnos), ese oro tendrá que pasar al único Gobierno legítimo de los Estados Unidos que será precisamente el de Washington. De modo que al defender el tren defiendes también a los tuyos muchacho.

Flanagan parpadeó.

—¿Pretendes que defienda el tren contra los hombres de Wallace?

—Justamente. Ellos, si quieren hacer algo, deben ocupar la estación. Nosotros impediremos que lo consigan. Yo trabajo para que el oro llegue a México y sirva para las guerrillas. Tú, para que sea devuelto a Washington. Pero uno y otro debemos impedir que se apoderen de él Wallace y sus hombres. Entonces sí que estaría perdido.

Ahora, el que tendió la mano hacia la botella de *whisky* fue Flanagan.

La tomó y terminó de dejarla seca.

—Diablos… —dijo—. Diablos…

—Tú y yo somos en este momento los mejores tiradores que hay en Nuevo México —susurró—. Si nos instalamos en la estación, no habrá quien se acerque. Los hombres de Wallace se irán al diablo. Pero hemos de darnos prisa porque el tren blindado pasará… mañana al amanecer.

—¿Crees que los hombres de Wallace ya se habrán instalado en la estación?

—No lo sé, pero es posible.

Flanagan se puso en pie.

Acarició la culata del revólver.

—Sólo hay una cosa que me revienta de todo esto —dijo.

—¿Cuál?

—Que puedan matarnos juntos…

Teo Lancaster hizo un gesto de hastío mientras también se ponía en pie.

—Tienes razón, chico. ¡Qué asco…!

CAPÍTULO IX

LA ESTACIÓN DEL DIABLO

Las primeras sombras empezaban a alargarse cuando los dos hombres descabalgaron cerca del gran letrero que proclamaba: «CARLSBAD».

Todo estaba tan silencioso como una tumba.

La quietud llegaba a impresionar.

No se movía ni una hoja.

Lancaster murmuró:

—Hermosa tarde del Sur… Fíjate qué color verde tan maravilloso tiene todo. Hermosa tarde, maldita sea… Uno se siente aquí amigo de todo el mundo. Uno se siente poeta…

Y apretó el gatillo.

El hombre que estaba acechando en lo alto de un árbol, con el rifle en las manos, cayó a tierra como un gigantesco pájaro.

Lancaster murmuró:

—Uno…

Flanagan, por su parte, disparó manteniendo el «Colt» a la altura de su cadera.

—Dos…

Y giró de pronto haciendo también girar el «Colt» en forma de abanico.

—Tres…

Un segundo hombre había caído desde lo alto de otro árbol. El tercero se desplomó aullando desde el tejado de la estación.

Luego volvió a hacerse el silencio.

Un silencio espantoso y cargado de presagios.

Lancaster extrajo una botella de *whisky* que llevaba remetida en una bolsa de su silla.

—Ésos eran los centinelas —dijo—. Sólo los centinelas. El grueso de la cuadrilla llegará más tarde.

Y bebió un trago.

Luego pasó la botella a Flanagan, quien hizo un gesto suave para rechazarla.

—¿Qué pasa? ¿No bebes?

—Estoy preocupado por algo que pudo haber sucedido. Estoy preocupado por el pobre tipo que cuidaba de esta estación, y que había depositado en ella las únicas ilusiones de su vida.

—Peor para él. No hay que poner nunca ilusión en nada —dijo filosóficamente Lancaster.

Y ya que Flanagan no había bebido, lo hizo él por los dos.

Todo volvía a tener un aspecto dulce, tranquilo. Todo parecía suave y apacible.

Hasta el ahorcado.

El ahorcado oscilaba suavemente a la entrada de la estación, con las manos atadas a la espalda.

Flanagan cerró los ojos un momento, mientras su boca se contraía.

Lancaster barbotó:

—¿Es ése?

—Sí. Era el jefe de la estación de Carlsbad. El que ha cuidado de que las vías estuvieran en disposición de servir.

—Pues les ha hecho un buen favor a los hombres de Wallace. Mira cómo se lo han pagado.

—Yo también les haré un favor —dijo rabiosamente Flanagan, con los puños apretados—. Yo también les daré una tumba gratis.

—Me parece una excelente idea. Creo que entre tú y yo vamos a hacer una buena limpieza.

Y en aquel momento se volvieron los dos.

Acababan de oír el rumor de los cascos de un caballo.

Un caballo que se acercaba.

—¡A la ventana! —dijo Lancaster—. Si es un hombre, primero lo matamos y luego le preguntamos por sus apellidos y por su familia.

—Pues creo que es un hombre.

Apuntaron los dos.

El jinete se acercaba a buena velocidad y estaba cada vez más a tiro.

De pronto Flanagan musitó:

—Espera…

—¿Qué pasa?

—Va vestida de hombre, pero es una mujer.

—¡Cuerno!

—Me extraña que no la hayas reconocido, Lancaster. Es nada menos que Estrella…

En efecto, era Estrella que se acercaba. Descabalgó delante de la estación, mirando con curiosidad los cadáveres que yacían aquí y allá. Miró también los caballos que los dos hombres habían dejado fuera.

Lancaster salió.

—¡Querida! —dijo con entusiasmo.

Pero nadie hubiera sido capaz de decir si era un entusiasmo verdadero o sólo para quedar bien.

Ella le miró con indiferencia.

—Hola, Teo.

Teo Lancaster señaló a Flanagan.

—Creo que os conocéis.

—Sí. Él me ha salvado la vida.

—Magnífica recomendación. ¿Y puedo saber si tú le has dado algo a cambio?

—No seas idiota, Teo.

—No, no soy idiota. Sólo soy un fulano que sabe de lo que es capaz ese tío.

Y señaló a Flanagan agresivamente.

Ella repitió su mohín de indiferencia.

—¿Y de qué crees que soy capaz yo?

—De hacer lo que ese tío te diga.

Ella movió la mano derecha.

Y la clavó con tal fuerza en la cara de Teo Lancaster, que toda la cabeza de éste sufrió una sacudida.

Lancaster se llevó la derecha a la parte golpeada mientras murmuraba con sorna:

—Demonios… Yo pensaba ir al dentista un día de éstos, pero me parece que no me va a hacer falta…

Y se acercó a Estrella, tal vez con la intención de estrecharla en sus brazos y besarla.

Pero Flanagan se interpuso casi entre los dos. No supo por qué lo hizo. Lo único que sabía era que, si Lancaster llegaba a besar a Estrella, él no podría resistirlo.

Con voz que quería ser indiferente preguntó:

—¿A qué has venido?

—Me he enterado de que estabais en la estación de Carlsbad.

—¿Cómo has podido enterarte?

—Quizá vosotros no os deis cuenta, pero toda la población os observa. Aunque no se vea gente por la calle, hay muchos ojos espiando desde las ventanas. Y, nada más salir vosotros de la ciudad, se comentaba que veníais hacia la estación.

—Pero eso ¿a ti qué te importaba?

—He imaginado que vuestra venida estaría relacionada con la presencia de los hombres de Wallace.

—De todos modos, no es asunto tuyo.

—Lo es. Los pistoleros de Wallace han matado a uno de los hombres a los que yo más quería y respetaba en el mundo.

—Pero ya está vengado…

—No, no lo está aún. Ni lo estará hasta que el propio Wallace haya muerto.

—¿Pretendes matarlo tú? ¿Para eso has traído un rifle?

En efecto, la muchacha llevaba un «Winchester», que en aquel momento sacó de la funda colgada de la silla.

—Sé que va a haber pelea —murmuró—. Y si hay pelea contra los pistoleros de Wallace, yo quiero participar. No creáis que soy una mujer inútil. Los apaches me enseñaron a pelear como un guerrero. Y cuando iba a pasar temporadas con ellos, seguía entrenándome con el rifle y el cuchillo igual que ellos lo hacían.

Lancaster hizo una mueca de disgusto.

Por lo que fuera, no le hacía ninguna gracia la llegada de la muchacha.

—Lo que ocurrirá aquí es demasiado para ti, muñeca —dijo—. Va a haber tomate del gordo. No sé cuántos hombres de Wallace vendrán, pero supongo que todo lo que queda de la banda. Pasarán de una docena.

—¿Para qué van a venir a la estación?

—Hum… Ya lo verás, preciosa.

Tomó el rifle que Estrella tenía en las manos, comprobó la carga y el funcionamiento y se lo devolvió.

—Es un buen petardo Con él harás daño a más de uno, con tal de que le aciertes en las posaderas. Pero mi consejo es que te vayas.

—No conseguirás nada. Me quedaré.

Lancaster se encogió de hombros.

—Muy bien. En ese caso monta guardia en lo alto del tejado y avísanos si algo ocurre. Los dos tenemos que hacer.

—De acuerdo.

La muchacha se encaramó ágilmente a lo alto del edificio. Los dos la contemplaron con admiración, aunque vigilándose mutuamente. Verla moverse era una delicia. A pesar de las ropas masculinas, las curvas resaltaban poderosamente a causa de las posturas forzadas. Flanagan lanzó un gruñido.

—Idiota… ¿Por qué no te has casado ya con ella?

—Lo haré. Pero de momento tengo mis propios problemas, muchacho. Y tú también los tienes. Vamos a alejar de aquí a los muertos.

—De acuerdo.

Lo primero que hicieron fue descolgar al ahorcado, al cual sacaron fuera, uniéndolo a los otros cadáveres. Para sepultarlos no hizo falta abrir ninguna fosa. Aquí y allá había zanjas para los cimientos de futuros edificios que deberían completar la estación de Carlsbad, y que al final no se habían construido. Su único trabajo consistió en colocar los muertos dentro de una de esas zanjas y luego cubrirlos de tierra.

A todo esto, las sombras ya habían empezado a alargarse definitivamente.

La noche avanzaba.

Flanagan miró con preocupación en torno suyo mientras musitaba:

—Lo malo será si nos atacan cuando haya oscurecido. Podrán rodearnos completamente sin que nos demos cuenta.

—Tenemos una ventaja —susurró Lancaster—. Ellos creen que la estación está ocupada por sus hombres. Se acercarán tranquilamente. Lo único que tenemos que hacer es estar alerta y «recibirlos» como a unos señores.

—Espero que sea como tú dices. Pero mucho me temo que envíen a alguien para inspeccionar antes de arriesgar el grueso de sus fuerzas.

Lancaster volvió a encogerse de hombros.

Por lo visto, a él no le importaban gran cosa ni la vida ni la muerte.

Y eso era doblemente extraño, teniendo cerca una mujer tan bonita con la que prácticamente podía casarse cuando quisiera.

Entraron los dos en el edificio de la estación.

Estrella ya había bajado del tejado, porque la creciente oscuridad le impedía ver a distancia, haciendo por tanto inútil su misión de centinela. Estaba encendiendo una lámpara de petróleo que colgaba del techo. Lancaster pensó que aquello era una imprudencia.

—Van a poder asarnos como a liebres. Nos verán a distancia…

—Todo lo contrario —opinó Flanagan—. Hay que dar la sensación de que los hombres enviados por Wallace siguen aquí y no temen a nadie. Eso hará que los otros se acerquen con confianza. Nosotros estaremos parapetados y actuaremos cuando se encuentren a poca distancia.

Se instaló junto a una de las ventanas, oteó el horizonte y murmuró:

—Yo vigilaré por este lado. Tú, Lancaster vigila por el otro.

Lancaster se situó en la ventana del lado opuesto.

La muchacha había ido mientras tanto a la pequeña cocina que había a un lado del vestíbulo de la estación, disponiéndose a preparar café. Muy cerca, en una habitación contigua, vio una cama y un armario. Todo daba una rara sensación de abandono, de hostilidad, de tristeza.

Estrella se sentía ahogada entre aquellas paredes. Deseó marcharse de allí.

Pero no podía hacerlo mientras no hubiera sucedido lo que iba a suceder.

Acercó un pocillo de café a Lancaster y luego otro a Flanagan. Ella quedó sentada en el suelo, muy cerca de la ventana de éste.

Flanagan bebió a pequeños sorbos.

No quería mirarla.

Pero sus ojos se iban hacia ella; sus ojos le traicionaban

buscando una y otra vez la cara de la mujer, sus labios, sus cabellos rojos como una tentación, como una llamarada.

Con voz muy tenue preguntó:

—¿Por qué vas a casarte con él? Tú que lo tienes todo, ¿por qué vas a unir tu vida a la de un aventurero?

—Todos los hombres lo sois —murmuró ella—. Todos sois unos aventureros.

—Eso es cierto. Reconozco que entre Lancaster y yo por ejemplo, hay muy poca diferencia.

—Además, quiero que haya paz entre los apaches y los hombres blancos. Si yo estoy casada con uno de ellos, ni mi padre ni mi hermano atacarán. Y así podré intervenir también para que haya un mejor reparto de tierras, cuando se cree la reserva.

Flanagan asintió.

Pero su expresión era más bien triste cuando dijo:

—De modo que al decidir tu boda, has pensado en los demás, no en ti misma.

—¿Por qué crees eso? ¿Es que tal vez Teo Lancaster es un hombre despreciable?

—No ni mucho menos.

Flanagan miró de soslayo al otro que seguía apostado junto a la ventana y vigilaba atentamente, al lado opuesto de la estación.

Volvió los ojos hacia Estrella.

—Pero tú no estás enamorada de Lancaster —musitó.

Ella no contestó.

Había apretado los labios.

Y entonces Flanagan se dio cuenta instintivamente de que para Estrella los problemas personales contaban poco. Ella sólo pensaba en su tierra y en su tribu. Lo demás, como por ejemplo su corazón ¿qué importancia tenía?

Vio que la muchacha se alejaba.

Y sintió el dolor instintivo de saber que no la poseería jamás, el dolor de saber que sería de otro.

Pero nada de eso se notó en su cara. Su rostro seguía siendo impasible como siempre; una cara tallada en piedra.

Y fueron pasando las horas; la noche envolvió la estación como un extraño sudario negro.

Estrella había quedado dormida, sentada en el suelo y con la

cabeza apoyada en una de las paredes, mientras los dos hombres vigilaban. Las primeras luces del alba les mostraron un paisaje desierto, donde los intensos colores de la hierba y el follaje empezaban a revivir. No se oía otro sonido que el piar de los pájaros.

Y de pronto aquella especie de crujido.

Aquel ruido de los batientes de una ventana que oscilaban poco a poco, como movidos por la brisa.

Nada más.

Lancaster ni se movió.

No había prestado atención a aquello.

Pero Flanagan lanzó su cuchillo de pesado mango cuando el otro asomaba por la ventana. Fue instantáneo. Apenas lo vio, el cuchillo ya estaba en el aire. Se oyó un chasquido y luego un leve «Uuuuggg», acompañado del roce de un cuerpo al caer a tierra.

Lancaster se volvió de repente.

—Cuerno. Eso sí que tiene gracia. Ahora resulta que tú me has salvado la vida.

—Al salvarte a ti, me he defendido a mí mismo. No tengo el menor interés en que vivas, Lancaster.

—¿Por dónde había llegado ese tipo?

—Se ha arrastrado en torno al edificio y luego ha asomado la cabeza por esa ventana lateral. Al ver lo que ocurría, ha alzado el rifle para apuntarte. Todo ha ocurrido con tanta rapidez que ni te has dado cuenta.

—Confieso que no. Me hubiera matado como a un pajarillo.

Estrella, que se había despertado desde el principio, lo contemplaba todo con ojos entornados.

—Ahora vendrán los otros —musitó.

Como si sus palabras hubieran sido una premonición oyeron en aquel momento el ruido de los caballos. Aquel ruido parecía llegar de todas partes. Daba la sensación de que eran docenas y docenas de caballos los que se acercaban, por la derecha, por la izquierda, por todos lados.

Flanagan asomó un poco la cabeza por la ventana.

—Por aquí vienen cinco.

Lancaster la asomó también.

—Por mi lado, tres.

—¿A qué distancia?

—Unas cien yardas.

Flanagan indicó a Estrella la ventana por la cual había aparecido el pistolero al que acababa de matar.

—Tú sitúate allí, muchacha. No dispares hasta el último momento. Nos interesa que confíen hasta el final.

—De acuerdo.

En efecto, los jinetes parecían no sospechar nada.

Se acercaban por distintos lugares, pero en orden cerrado, ofreciendo un excelente blanco.

Flanagan pensó que era un buen momento para disparar.

Fue a hacerlo.

Pero en aquel momento a unas cincuenta yardas, los recién venidos debieron notar que algo no marchaba. Se oyeron unas órdenes rápidas e inmediatamente se dispersaron, mientras los jinetes saltaban de las sillas para ofrecer menos blanco.

Flanagan rechinó los dientes.

Habían perdido una magnífica oportunidad, por dejarles acercarse demasiado. Aquella ocasión no se repetiría.

Los disparos llovieron sobre el edificio.

Flanagan hizo un gesto para que nadie respondiera al fuego.

Los hombres de Wallace tenían que creer que aquello estaba abandonado. Era la única oportunidad que tenían los de dentro.

Pero los asaltantes no se confiaron.

Mientras unos batían las ventanas con su fuego, otros se acercaron sigilosamente llevando en sus manos largos cuchillos de desollar.

Teo Lancaster se pasó la mano por el cuello.

—Hum… —dijo—. Nos van a afeitar en seco. Hay que evitar que se acerquen más, maldita sea. ¡Fuegooo!

Y disparó dos veces con su revólver.

Dos hombres estaban ante la ventana, dispuestos a saltar con los cuchillos por delante. Los dos se detuvieron en seco. Soltaron las armas mientras lanzaban gritos de agonía.

Por su parte, Estrella había disparado también.

Demostró que los apaches le habían enseñado bien a manejar las armas. Un pistolero que hacía una finta, la terminó en el Más Allá. Otro que venía lanzado, se detuvo en seco como si acabara de

chocar contra un muro de cristal.

También había disparado Flanagan.

Por su lado venían tres hombres. Y los tres fueron abatidos por los fulminantes disparos que llegaban de un tirador al que aún no podían ver.

Cuando el eco de los disparos se extinguió, ya no podía verse a ningún atacante más.

Pero Flanagan sabía que estaban allí. Ahora cambiarían de táctica. Y ocurriría lo peor, lo que había estado temiendo desde el primer instante.

Bisbiseó:

—Eh, Lancaster…

—¿Qué te pasa, borracho?

—Tú dices que el tren va blindado, ¿verdad?

—Más blindado que un barco de guerra.

—Pues entonces esos granujas llevarán algo que no me gusta ni pizca. Irán cargados de explosivos hasta las orejas.

—Eso es lo que me temo, pero…

No terminó la frase.

En aquel momento un bulto formado por varios cartuchos y unidos por una cinta, entró a través de la ventana de Estrella. La mecha estaba a punto de extinguirse. Los tres se agazaparon contra el suelo. La explosión los ensordeció, agrietó las paredes y convirtió en polvo lo que quedaba de los cristales.

Flanagan miró por entre los brazos con los que trataba de cubrirse la cabeza.

Sus dos compañeros estaban en la misma posición que él y al parecer no habían sufrido daños. Pero el nuevo ataque iba a empezar inmediatamente. Era inevitable.

En efecto, una nueva oleada vino hacia ellos. Flanagan, que había recargado el revólver, lo asomó por la ventana. Dos hombres se acercaban a gran velocidad y uno ya llevaba otro paquete de cartuchos en la mano. Se disponía a lanzarlo.

Flanagan aulló:

—¡Atención! ¡Ya vienen!

Disparó dos veces. Los dos hombres cayeron. El del paquete de cartuchos los soltó, quedando casi materialmente encima.

Flanagan no esperó a que estallara.

Aún disponía de unos segundos.

Mientras Estrella y Lancaster apretaban rabiosamente los gatillos, él saltó por la ventana, llegó hasta el paquete de explosivos y le propinó un puntapié. Había cinco o seis hombres a poca distancia, detrás de unos árboles, preparándose para iniciar una nueva carga. El paquete de explosivos cayó entre ellos. Y hubiera producido una verdadera matanza caso de estallar a tiempo pero la mecha se agotó unos segundos antes de lo necesario. Los cartuchos estallaron sobre las cabezas de los pistoleros, que saltaron en todas direcciones. De todos modos, Flanagan comprendió que sólo un par de ellos debían estar muertos.

Flanagan retrocedió a la carrera.

Tomó impulso y entró como una flecha por la ventana que antes había defendido. Estrella se volvió como una serpiente y fue a tirar contra él creyendo que era un enemigo. En el último segundo se contuvo.

Lancaster seguía disparando.

Un hombre más acababa de caer ante su revólver.

Los hombres de Wallace estaban siendo rechazados. Pero Flanagan sabía que él y sus compañeros estaban muy lejos de triunfar. La explosión había producido lo que más podían temer en aquellos momentos.

Un incendio.

Las llamas empezaban a prender en el suelo y trepaban por las paredes de madera seca.

Estrella estaba a punto de perder el control de sus nervios.

A pesar de su entrenamiento, aquello le hacía pensar que ya estaban perdidos.

Y no andaba muy desencaminada. Tendrían que salir de allí, y entonces los acribillarían.

Para los pistoleros de Wallace todo era cómodo.

Su único trabajo consistía en esperar.

Flanagan murmuró:

—Creo que las cosas se han puesto mal, amigos. Dentro de unos minutos tendremos que salir. Y supongo que las balas nos darán la bienvenida.

Estrella apretó desesperadamente los labios.

—Yo haré que me maten —susurró—. No quiero que me cacen

viva.

—Será mejor para ti. Wallace tiene mala fama con las mujeres.

—Nos coserán con plomo —bisbiseó Estrella—. Voy a saltar… Cuanto antes acabemos, mejor.

—Saltemos los tres a la vez —dijo Flanagan—. Y sé que ahora ya no tiene importancia, Estrella, pero quiero decirte algo. Creo que nunca he conocido a una mujer como tú. Creo que no me hubiera costado quererte como se quiere de verdad para toda la vida. Pero sé que esta declaración es ahora estúpida y hasta un poco ridícula. Nada tiene importancia ya. Los tres vamos a morir. Buen viaje, amigos…

Y se dispuso a saltar en primer lugar.

Pero en aquel momento algo le detuvo. Fue algo que vibró en sus nervios como una sacudida.

El pitido de un tren en la distancia…

CAPÍTULO X

EL ASALTO… Y ALGO MÁS

Flanagan, que ya había tensado los músculos para saltar y tenía el cuerpo en parte fuera de la ventana lo retiró inmediatamente.

Ni siquiera habían disparado contra él, a pesar de que durante algunos minutos había ofrecido un buen blanco. Eso indicaba que los hombres de Wallace habían oído también el pitido y estaban pendientes del avance del tren.

Estrella y Lancaster también se habían detenido.

Lancaster barbotó:

—Tiene gracia.

—¿Qué es lo que tiene gracia? —murmuró Flanagan.

—Que se declaren a mi novia delante de mis narices. Mi abuela ya me aseguró que me ocurrirían muchas cosas, pero no se acordó de ésa.

—No tiene importancia —murmuró Flanagan—. Y no sirve de nada. Nos van a coser a balazos a todos.

—Tal vez no. Tal vez los pistoleros de Wallace se ocupen ahora del tren exclusivamente.

—El tren no se detendrá. Los maquinistas han debido oír los disparos.

—Te equivocas. Necesitan indispensablemente cambiar aquí el agua de la caldera. No podrán hacerlo hasta mucho más adelante, si siguen su camino. Con el riesgo de que la caldera estalle.

—Estoy seguro de que correrán ese riesgo.

Pero lo mismo debían haber pensado los pistoleros de Wallace. Y tomaron la única medida eficaz para que el convoy se detuviera sin

remedio.

Sonó una explosión.

Pero hacia el lado de las vías.

Flanagan barbotó:

—Han levantado los raíles. El tren tendrá que detenerse o se irá al diablo.

El pitido se reprodujo.

Y, en efecto, el traqueteo de la máquina que ya percibían con claridad, disminuyó notablemente de volumen.

El convoy se estaba deteniendo.

Lo vieron al tomar la curva.

Consistía en una máquina blindada con gruesas chapas de acero, así como en dos vagones. Uno estaba blindado también. El otro era un vagón de pasajeros normal, por cuyas ventanillas asomaban los rifles de varios soldados sudistas.

No iba a ser fácil apoderarse de aquello.

Pero los hombres de Wallace ya parecían tenerlo todo previsto.

Aún debían ser bastantes. Y mientras unos tiroteaban en las ventanillas del vagón, para mantener a los soldados inmovilizados, otros lanzaron nuevos paquetes de explosivos.

Dos de esos paquetes entraron por las ventanillas.

Las explosiones fueron simultáneas, produciendo un estrépito ensordecedor. Se oyeron gritos de agonía y aullidos de muerte. Algunos soldados siguieron disparando pero fueron alcanzados por las balas de los pistoleros, que ocupaban una posición dominante.

Flanagan barbotó:

—Es una matanza…

Se veía a los soldados quedar doblados en las ventanillas, con medio cuerpo fuera. Otros corrían alocadamente de un lado a otro del vagón, siendo presa fácil para los pistoleros de Wallace, que seguían disparando concienzudamente.

Pero tampoco ellos se iban de vacío.

Algunos de los soldados eran excelentes tiradores y conservaban la serenidad. Desde las ventanillas veían a sus enemigos surgiendo de todas partes. Sus rifles también hicieron una buena criba entre los hombres de Wallace, muchos de los cuales alfombraron el suelo.

Por su parte, Flanagan, Lancaster y Estrella también hacían funcionar los gatillos.

El ruido de los disparos era ensordecedor, alucinante.

Cada vez que veían a uno de los hombres de Wallace le enviaban una bala. A veces solo distinguían un hombro, un brazo, parte de una pierna. Era igual. Ellos tiraban a dar contra lo que fuese, produciendo una mortandad en la que los constructores de la estación de Carlsbad no habían soñado nunca.

Pero pronto los disparos cesaron.

Al final se habían impuesto los más fuertes. Se habían impuesto los hombres de Wallace, que tenían mejores posiciones y podían disparar contra el vagón desde todas partes.

Ahora, el vagón era un inmenso cementerio.

Los pistoleros se acercaron recelosamente.

Flanagan, Lancaster y Estrella tenían preparadas sus armas, dispuestos a hacer fuego de nuevo. Pero lo peor era que no podían ver a los asaltantes. Una serie de árboles y un terraplén los ocultaban.

Sin embargo, oían sus pisadas sobre la gravilla. Estrella cerró un momento los ojos.

Se la notaba intensamente concentrada.

Al fin murmuró:

—Son cuatro.

—¿Cómo lo sabes?

—Los apaches me enseñaron a conocer a los hombres por sus pisadas. Éstos son cuatro y están separados cada uno de los demás por una distancia de dos yardas. Se acercan al vagón por un solo lado.

En aquel momento se oyeron dos disparos.

Por lo visto un par de soldados del vagón aún estaban vivos y habían tratado de defenderse.

Los pistoleros de Wallace acababan de terminar con aquel desesperado intento.

Lancaster masculló:

—¡Si al menos pudiera verlos…!

—Los veremos cuando se ocupen del vagón blindado. Pero hay que tener cuidado. Ellos saben que estamos vivos. Apuesto diez contra uno a que han situado a un par de tiradores para liquidarnos en cuanto asomemos la cabeza.

—Pues no vamos a estamos quietos aquí… —susurré Lancaster.

—Espera.

Y Flanagan gateó sobre sus codos, llevando en la derecha el revólver recién recargado.

Asomó por la puerta.

Luego permaneció quieto, mientras le envolvía el silencio.

No se escuchaba tampoco ningún sonido procedente del vagón blindado.

Sin duda, Wallace y sus hombres estaban preparando las mechas.

Flanagan hizo una seña a Lancaster.

Éste comprendió.

Asomó un poco la cabeza.

Dos balas casi le rozaron. Flanagan vio perfectamente de dónde habían surgido los disparos.

Gateó velozmente hacia allí, antes de que sus enemigos cambiaran de posición.

Los pistoleros estaban apostados tras una pila de troncos desde la que dominaban el edificio. Pero no le habían visto ni imaginaban que pudiera estar allí.

Flanagan bisbiseó:

—Chist…

Los otros dos se volvieron de repente. Y fueron a girar los rifles hacia allí, pero ya no llegaron a tiempo.

Flanagan disparó a sus cabezas.

Cayeron a un lado, mientras un par de troncos resbalaban sobre ellos.

Ahora ya no tenían enemigos. Podían salir.

Fue entonces cuando oyeron la explosión. Sonó como una sola, pero fueron varias casi simultáneas. Un terrible crujido de hierros sucedió a los estampidos.

Flanagan rechinó los dientes.

«Han tenido éxito —murmuró para sí mismo—. Esos malditos han logrado forzar el vagón blindado…».

Y se lanzó a ciegas hacia adelante.

No quería que Wallace se saliera con la suya. Le odiaba con toda su alma después de lo que había visto. Corrió en zigzag hacia el vagón, sin esperar a que sus compañeros salieran y le apoyaran.

En efecto, la puerta de acero había sido forzada. Cuatro hombres

armados con rifles se disponían a entrar.

Flanagan recargó las dos balas que faltaban en su «Colt».

Había abandonado ya todas las precauciones. Estaba dispuesto a acabar aquello cara a cara.

—¡Wallace! —gritó—. ¡Defiéndete, perro!…

Wallace se volvió.

Era el de la extrema derecha.

Sus hombres se volvieron también.

Giraron los rifles mientras lanzaban gritos de rabia. A aquella distancia las armas largas no eran tan rápidas como las cortas, pero contaban con la ventaja de ser cuatro contra uno.

Flanagan apretó el gatillo rabiosamente, mientras inclinaba el cuerpo hacia adelante y arqueaba las piernas.

Sus cuatro enemigos cayeron fulminados por el plomo. Dieron extrañas volteretas. Wallace aún intentó disparar, pero Flanagan le barrenó la cabeza con una última bala.

Sin embargo, él no había tenido tiempo de disparar cuatro veces. Se dio cuenta en el último instante de que le habían ayudado desde dentro. En efecto, por entre las junturas de la puerta metálica desencajada, acababa de asomar el cañón de un rifle.

Aquel cañón humeaba aún.

Flanagan bajó el revólver poco a poco.

La puerta se abrió del todo.

Dos hombres aparecieron en el umbral. Uno de ellos era un oficial sudista. El otro un sargento.

Es decir, eran enemigos de Flanagan pero a éste le parecieron sus mejores amigos. Sin ellos hubiera muerto.

El oficial miró a los muertos caídos a los pies del vagón.

—No me diga que éste es Wallace… —barbotó.

—En efecto, lo es.

—Teníamos noticias de que pensaba asaltar el tren, pero no imaginábamos que fuera aquí.

—Casi ha conseguido su propósito —dijo tristemente Flanagan —. Y por desgracia ha hecho una carnicería. El oficial miró hacia atrás.

Miró hacia el vagón de pasajeros por cuyas ventanillas no sobresalían más que los brazos y las cabezas de los muertos.

—Dios santo… —dijo.

—No piense en ello. Esos hijos de zorra lo han pagado bien.

—¿No queda ninguno vivo?

—Ninguno.

El oficial sudista sonrió.

—Ha sido usted un valiente, amigo. No comprendo cómo usted solo ha podido hacer todo eso.

—No estaba solo.

—¿No?

—Me han ayudado un hombre y una mujer. Véalos. Acababa de oír tras él los pasos en la gravilla.

Y señaló a los que se acercaban. Señaló a Estrella, que casi corría hacia él.

Y señaló también a Teo Lancaster.

Pero de pronto su gesto quedó cortado.

Porque con Teo Lancaster pasaba algo extraño. Porque les estaba encañonando a todos con el rifle que llevaba apoyado en la cadera.

CAPÍTULO XI

«PODÉIS IR AL DIABLO, AMIGOS»

Flanagan parpadeó.

No acababa de entenderlo.

Pero la sonrisa de Lancaster era lo bastante expresiva. Y más expresivas aún fueron sus palabras:

—Me habéis hecho el trabajo, muchachos.

—¿Qué… quieres decir?

—Que podéis ir soltando vuestros petardos. En especial tú, Flanagan. Eres del que menos me fío.

Flanagan estaba asombrado.

Hubiera esperado cualquier cosa menos aquello.

El asombro era tan intenso y tan sincero en él que hasta le faltaron las fuerzas. Dejó caer el revólver poco a poco mientras abría la boca sin saber qué pensar.

Estrella no había tenido que soltar ningún arma.

Convencida de que la lucha estaba terminada, había acudido allí sin ellas.

Flanagan barbotó:

—¿Tratas de asaltar el tren, Lancaster?

—Ujú.

—Eres…, eres un…, un…

—No hace falta que me digas nada, muchacho. En todo caso, di que soy un tío listo. En cambio tú, ¿qué eres? Un idealista imbécil. Un hombre que aún cree en las causas justas e injustas. Bah… ¡Tonterías! ¡Hay que vivir, amigo! ¡Lo que importa es tener las manos bien untadas de pasta!

Y, mientras les abarcaba con su rifle miró alternativamente a todos, que no habían hecho ni un gesto para defenderse, tan asombrados estaban.

Flanagan barbotó:

—¿Cómo soñaste la locura de que podrías hacerlo tú solo?

—No era ninguna locura. Se trataba de un plan audaz pero perfectamente realizable, y la prueba es que lo he llevado a la práctica. Claro que necesitaba que alguien me ayudase sin saberlo. Contaba con el plan de los hombres de Wallace, que yo conocía de antemano, y que situaba el lugar del ataque aquí, en el paso de Carlsbad. Nadie se extrañaría de que yo intentara defender el oro de mi país. Y vosotros me habéis ayudado. Entre los tres hemos defendido el paso como tres gigantes.

Hizo una mueca y añadió:

—Claro que no pensé eso en el primer momento. Mi primera intención era que me ayudasen los guerreros apaches por el solo hecho de ser yo el marido de Estrella.

Flanagan parpadeó. Sus ojos despidieron un fulgor de asombro y al mismo tiempo de indignación.

—Pero ¿es posible? ¿Sólo por eso pensabas casarte con ella?

—¿Y qué quieres muchacho? Hay que vivir… Y cuando uno hace planes, siempre encuentra en su camino a una mujer. ¿Qué vamos a hacer? Yo encontré a Estrella, que además está la mar de apetitosa. Pensé que convirtiéndola en mi mujer obtendría la ayuda de los guerreros apaches. Por eso la enamoré a toda prisa. No fue tan difícil porque, la verdad, aquí entre nosotros, yo soy un tío guapo. —Y lanzó una carcajada—. Lo malo fue que, a la hora de la verdad, los apaches no quisieron saber nada con la defensa de la estación de Carlsbad. Dijeron que no era asunto suyo, y que su intervención podía ser mal interpretada y perjudicar a la tribu en este momento tan difícil.

—Por lo tanto, al ver que no contabas con su ayuda… —bisbiseó Flanagan, más asombrado cada vez—, ya no te casaste con Estrella.

—Ya no me interesaba. ¿Por qué iba a cargar con una mujer? Al cuerno los apaches y al cuerno sus ilustres antepasados. De pronto me di cuenta de que estaba en un apuro, porque yo solito no podría hacer el trabajo. Pero entonces apareciste tú, Flanagan. No sólo dejaste en mantillas a la banda de Wallace, sino que te instalaste en

Carlsbad como esperando que yo te utilizara para mis propósitos. Por eso te pedí ayuda. Sabía que no me la negarías. Tú siempre has estado al lado de la ley, y a veces eso da disgustos, muchacho. Y sobre todo da sorpresas… Hala, amigo. Acércate al vagón. Veo que esos buenos muchachos llevan colgadas de sus cintos unas magníficas argollas.

En efecto los dos sudistas llevaban argollas, seguramente por si tenían que inmovilizar a alguien durante el viaje.

El oficial, bruscamente, se dio cuenta de la situación.

Intentó girar su arma. Sonó un estampido.

El oficial soltó su arma y cayó pesadamente a tierra con el hombro atravesado.

—También podía haber tirado hacia otro sitio —murmuró Lancaster—. Y os aseguro que si alguien más vuelve a moverse, dispararé a matar. ¡Tú!

Miraba al sargento.

El sargento saltó del vagón y se inclinó sobre el oficial, que respiraba afanosamente.

—Quítale las argollas —ordenó Lancaster—. Pónselas a ese tipo.

Señalaba a Flanagan.

Al sargento no le quedaba más remedio que obedecer, y a Flanagan no le quedó más opción tampoco que dejarse poner las argollas. En esa situación estaba completamente indefenso. Luego, Lancaster ordenó:

—Ahora tú ven aquí, sargento. Con las argollas en las manos.

El suboficial obedeció también. Con una maestría que acreditaba su larga práctica, Lancaster le puso también las argollas.

La única que quedaba con posibilidades de moverse aún era Estrella.

Estrella, que había visto todo aquello sin saber cómo reaccionar, sin saber qué pensar siquiera.

Su asombro era más fuerte que ella misma.

Sus músculos parecían agarrotados. Tenía los nervios deshechos. Pero, en el fondo, se daba cuenta de que debió adivinar antes aquello. Ahora daba toda su importancia a muchos detalles de la conducta de Teo Lancaster que antes le pasaron inadvertidos, y que no eran sino eslabones del gran golpe que le convertiría en uno de los hombres más ricos de América.

Lancaster había vuelto los ojos hacia ella.

—A ti no voy a ofenderte poniéndote también unas argollas —susurró—. Pero te aconsejo que te estés quieta o tendré que deshacer de un balazo una de tus bonitas piernas. También puedes irte si quieres. No podrás avisar a nadie en la ciudad, porque ni siquiera hay *sheriff*. Los pistoleros de Wallace se preocuparon a tiempo de eso.

Los labios de Estrella temblaron.

Con voz extrañamente tranquila, pero despectiva murmuró:

—No lo has contado todo Lancaster.

—¿No?

—Me gustaría saber cómo vas a llevarte ese oro Pesa al menos una tonelada.

—Yo pensaba llevármelo en el mismo tren —dijo Lancaster—, pero la vía está levantada. Mal asunto. De todos modos, un buen general siempre tiene tropas de reserva. Y yo también tengo un plan. ¿Veis aquel carromato?

En efecto, un carromato pesado se hallaba muy cerca del edificio de la estación. Era muy sólido y estaba expresamente construido para las pesadas cargas del tren. Pero faltaban caballos.

—Los pistoleros de Wallace han traído animales de sobra —dijo Lancaster—. Tú misma, muñeca, encárgate de ellos. Y no trates de hacerlo mal porque yo lo repasaré todo luego.

—No son caballos de tiro.

—Tú sabes perfectamente que son caballos entrenados para todo. Sirven igual.

—¿Qué pasará si no obedezco?

Lancaster rió.

—Ya lo has oído antes: Tendré que estropearte una de tus bonitas piernas, muñeca…

Rechinando los dientes, Estrella se dispuso a obedecer.

Sabía que no tenía otro remedio, porque Lancaster era muy capaz de cumplir su amenaza.

Después de haber llegado tan lejos ya no se detendría.

Marchó hacia los caballos que ramoneaban en las cercanías.

Y en aquel momento sonó un grito salvaje.

CAPÍTULO XII

«TOMA TU BOTÍN, MUCHACHO»

Lo mismo Flanagan que Lancaster habían dado por descontado que todos los pistoleros de Wallace estarían muertos, y que ya no significaban ningún peligro. Pero, aun alcanzado en un punto vital, uno de los salteadores había tenido fuerzas suficientes para levantar su cuchillo.

Lo arrojó con las últimas energías que le quedaban, mientras lanzaba también aquel grito salvaje que hizo saltar a los dos hombres.

La reacción de Flanagan fue instantánea.

A pesar de tener las manos atadas, lo que le impedía tomar impulso bien, se lanzó en plancha sobre Estrella, que era la que estaba más cerca del pistolero caído. El silbido de la hoja de acero al rasgar el aire le indicó la dirección que llevaba.

Todo ocurrió en fracciones de segundo.

Flanagan chocó con la muchacha casi en el mismo instante en que el puñal iba a clavarse en ella. Los dos rodaron por el suelo pero la hoja de acero produjo un arañazo en el hombro izquierdo de Flanagan. Con un poco de mala suerte, le habría alcanzado en el corazón.

Lancaster giró tranquilamente hacia el pistolero.

Y le descerrajó una bala en la cabeza.

Luego miró sin inmutarse a los dos caídos.

—¿Estás bien, Estrella?

—Si no llega a ser por Flanagan, ahora estaría como ésos…

Y señaló con el mentón a los cadáveres que tapizaban

materialmente la vía férrea.

Lancaster sonrió.

Y dio un golpecito en el hombro a Flanagan, mientras murmuraba:

—Buen muchacho.

—Bastante te importa a ti que haya salvado a Estrella… Casi hubieras preferido verla muerta, ¿no? Un estorbo menos.

—Te equivocas, Flanagan. ¡Qué mal pensado eres! Yo necesito a Estrella para que me enganche los caballos.

—Eres el cínico más grande que he encontrado en mi vida, Lancaster. Pero algún día pagarás todo esto.

—Claro que lo pagaré, pero cuando tenga ochenta años. ¿Por qué molestarse en hacerlo antes? ¡Con lo estupenda que es la vida cuando uno sabe aprovecharla!

Y señaló el pesado carromato que seguía a un lado de la estación.

—Hala muñeca, engancha los caballos. Y cuidadito con lo que haces.

—¿Es eso todo lo que se te ocurre decir?

—Bueno, si quieres que te diga algo más, te lo diré: Tienes unas curvas estupendas.

Y lanzó otra carcajada mientras la muchacha hacía un mohín de desprecio.

Pero Estrella no tuvo más remedio que enganchar los caballos. Y lo hizo bien. Los dos animales que eligió eran jóvenes y fuertes. Claro que no podrían llevar la carreta a gran velocidad, y además estarían reventados cuando hubieran recorrido cincuenta millas. Pero era seguro que Lancaster ya habría previsto eso. Seguramente tendría caballos de refresco situados en puntos estratégicos de la ruta.

Flanagan preguntó:

—¿Adonde piensas ir?

—¿Y a ti qué te importa? ¿Qué quieres? ¿Que te indique el camino para que dentro de unas horas puedas perseguirme?

—No llegarás muy lejos con toda esa carga.

—Tampoco necesito llegar muy lejos. Lo tengo todo previsto. Y ahora te toca trabajar a ti, Flanagan.

—¿Qué esperas que haga?

—Aunque tienes las manos sujetas por argollas, puedes tirar del asa que llevan las cajas. Arrástralas hasta la puerta del vagón. Yo las colocaré en el carro.

Acercó de espaldas el vehículo hasta la puerta del vagón blindado, manejando hábilmente a los caballos, hasta situarlo de modo que las cajas de oro cayeran materialmente sobre el carro. Flanagan había tirado de la puerta metálica, terminando de desencajarla y pasando al interior. Lanzó un silbido de admiración al ver lo que había allí.

Nada menos que diez cajas.

Todas ellas eran de madera muy sólidas y bien claveteadas. Cada una llevaba impresa en tinta roja fe inscripción: «Tesoro de la Confederación del Sur».

Tiró de la más alta.

Lo menos pesaba cien quilos cada una.

Y había diez. ¡Mil quilos! ¡Mil quilos de oro!…

¿Cuánto podía valer aquello?

A Flanagan le dio vueltas la cabeza.

Y pensó en lo listo que había sido Lancaster. No podía negar que aquel sinvergüenza sabía lo que se hacía. Había empleado a todo el mundo para que, sin saberlo, apoyara sus fines. Había jugado sin escrúpulos. Y una vez más se demostraba a los ojos de Flanagan —el recto, el intachable—, que a los sinvergüenzas las cosas les salen bien.

Lancaster gritó desde fuera:

—¿Qué pasa? ¿Y esas cajas de verdura? ¿Qué? ¿No salen?

Flanagan arrastró la primera, situándola sobre el carro. Lancaster terminó de encajarla bien. Luego llegó la segunda.

Nadie entorpecía aquella labor que significaba para Lancaster millones de dólares.

La carga y descarga duró casi media hora, porque Flanagan no se daba prisa. Tenía la esperanza de que alguien llegara desde la ciudad. Pero terminó por convencerse de que allí no podía esperar ninguna clase de ayuda.

Cuando todas las cajas estuvieron colocadas, las ruedas del carromato se habían hundido ya en el suelo. Sólo un vehículo como aquél hubiera podido resistir carga semejante. Los caballos miraban hacia atrás, como si tuvieran conocimiento y pensaran en lo que les

había caído encima.

Flanagan murmuró:

—Repito que no llegarás lejos Lancaster.

—Tonterías. No voy a trepar por las montañas, como tú comprenderás. Y por terreno liso, esos caballos resistirán al menos cien millas.

—Pero cualquiera que te vea sabrá lo que llevas ahí. Las letras lo dicen claramente: «Tesoro de la Confederación del Sur». Van a perseguirte como a un perro.

Lancaster lanzó una de sus burlonas y alegres carcajadas.

—¿Crees que no he pensado en eso, muchacho? Ya está todo previsto. Espera un momento.

Y se acercó al caballo que le había traído hasta allí, sacando un abultado paquete de una de las bolsas de la silla.

Era una lona delgada.

Subió al carro y cubrió con ella las cajas, sujetándola bien para que no se desprendiese. Flanagan tuvo que lanzar muy en contra suya un silbido de admiración, al ver la obra terminada. La lona llevaba impresa en grandes letras negras la siguiente inscripción:

«ROWLES Y COMPAÑÍA. FABRICANTES DE ATAÚDES»

—Aquí no hay quien mire —susurró Lancaster.

Subió al pescante del carro, tomó el largo látigo que estaba sujeto al mismo y lo blandió sobre las cabezas de los caballos mientras gritaba:

—¡Hala, muchachos! ¡Animo y adelante! ¡Cuando lleguemos a México os voy a regalar una yegua estupenda! ¡Una yegua teñida de rubio!

Los caballos arrancaron.

Tomaron la curva del camino con más agilidad de la que todos esperaban y pronto se perdieron de vista.

Lancaster no había dirigido ni una mirada hacia atrás.

Ni un último recuerdo para Estrella, ni un último adiós a su pasado.

Nada.

¡Al diablo!

Flanagan, con los ojos turbios, le vio desaparecer.

Se daba cuenta de lo que aquello significaba.

Lancaster ya no se presentaría para ser fusilado.

¡Qué demonios iba a presentarse! Y entonces las cosas cambiaban radicalmente. Porque Stouder era un hombre que nunca se volvía atrás de sus decisiones, y Stouder, por tanto, exigiría una víctima. Una víctima que iba a ser él, Flanagan. ¡Flanagan era ahora un condenado a muerte!

Estrella le miraba.

Estrella bisbiseó:

—¿Qué te pasa, Flanagan?

—Nada. No me ocurre nada.

—Olvida a Lancaster. Deja que él mismo se ahogue en su propio oro.

—Me gustaría olvidarlo —dijo Flanagan sonriendo—, pero no sé si lo conseguiré. Por lo pronto, lo que hemos de hacer es libramos de estas argollas.

—No será tan difícil. Seguro que en la estación hay azadones y toda clase de herramientas. Yo misma os dejaré libres.

En efecto, la muchacha volvió al poco tiempo con un pico de mango corto. Hizo que Flanagan pusiera las manos sobre una piedra y golpeó repetidas veces las argollas, hasta partirlas. Luego liberó también a los otros.

Flanagan se frotó las muñecas, que le dolían intensamente.

—Ahora podremos perseguir a Lancaster —murmuró—. Las huellas de las ruedas estarán profundamente marcadas. Tenemos caballos y tenemos armas. No se saldrá con la suya.

Estrella le sujetó por un brazo.

—Por favor…

—¿Por favor qué, preciosa?

—No dispares contra él. No le mates.

Flanagan apretó los labios.

Hubo como un deje de tristeza en su voz cuando susurró:

—Lo quieres todavía, ¿verdad?

—No creo que de verdad le haya querido nunca. Ahora me doy cuenta de muchas cosas a las que entonces no concedí importancia. Pero tampoco deseo verlo muerto, Flanagan. Al fin y al cabo, es una

persona en la que confié de verdad.

—Tampoco yo quiero matarlo. Tranquilízate muchacha. Pero tampoco estoy dispuesto a que se salga con la suya. Haré que el oro vuelva a su legítimo dueño, que es el Gobierno de los Estados Unidos.

Hizo una seña a los demás para que se quedaran. Él perseguiría a Lancaster sin ayuda de nadie. Sabía por experiencia que un jinete sólo logra en ese sentido más éxitos que una aparatosa tropa, que se delata a distancia por la nube de polvo que levanta.

—Volved a la ciudad. Tú, sobre todo, Estrella, regresa a Carlsbad y cuenta lo que ha sucedido. Ahora ya no hay peligro allí.

—Lo haré, Flanagan, pero prométeme una cosa.

—Te prometeré lo que quieras…, si puedo cumplirlo.

—Dime que volverás.

Él la miró fijamente.

En sus ojos flotaba una mirada triste una mirada que era la de una eterna despedida.

Porque él sabía que no volvería.

Que no volvería a ninguna parte jamás.

Hizo girar grupas a su caballo y se alejó poco a poco, sin decir una palabra.

CAPÍTULO XIII

EL DESTINO DE TEO LANCASTER

Teo Lancaster había conducido el carromato por terrenos lisos y que fueran fáciles para los caballos. Éstos eran buenos y le habían llevado incluso más lejos de lo que él pensó.

Pero no podía contar con que las cosas siguieran siendo así. Estaba dejando huellas de las ruedas por todas partes. En consecuencia, debía poner en práctica la segunda parte de su plan.

A unas diez millas estaba Newcombe.

Newcombe era un pequeño poblacho abandonado donde antaño vivieron unas cien personas. Ahora no quedaban allí ni las ratas, después de que dos años antes los indios lo eligieron como objetivo predilecto de sus *razzias*.

Lancaster desvió el carromato hacia allí, mientras miraba aprensivamente hacia atrás.

Pero nadie le seguía…, por el momento.

Él sabía que aquello no duraría demasiado.

Entró en la que había sido calle principal del pueblo y se detuvo ante un edificio destartalado que tiempos atrás debió ser el granero más importante de Newcombe. Después de pasar los indios tantas veces por allí, sólo quedaban parte de las paredes y parte del techo. Pero curiosamente aún conservaba las puertas, que eran anchas y permitían el paso de un carromato como el que él conducía.

Al ruido que produjo al acercarse, las grandes puertas se abrieron.

Todo aquello estaba cuidadosamente calculado por Lancaster que no había dejado nada al azar.

Una vez dentro dijo:
—Hola, Rowles.
Dentro había un vejete con una pipa tan grande como el pesebre de un caballo.
Y también un perro tan grande como él.
Pero no era eso solo.
Lo que importaba a Lancaster era lo que había un poco más allá: un carromato casi exactamente igual que el suyo (lo que no había sido difícil de encontrar, porque casi todos aquellos carromatos eran iguales) y que también estaba cargado y cubierto con una lona. Una lona donde se leía: «Rowles y Compañía, fabricantes de ataúdes».
Puestos uno al lado del otro, los carros hubieran podido confundirse.
El vejete murmuró:
—Bueno, ya estoy aquí, Lancaster. Pero tú llegas retrasado. Habíamos convenido en que estarías aquí hace una hora.
—Esas cosas no pueden calcularse al minuto, muchacho.
—¡Ujú! ¡No me habían llamado muchacho desde la Declaración de Independencia de los Estados Unidos! Pero dime una cosa Lancaster: ¿para qué quieres esa carga? ¡He estado trabajando para ti casi dos semanas!
—¿Cuántos hay?
—¡Doce ataúdes! ¡Y de la mejor calidad! ¡De esos que fabrico con el lema «El que los prueba repite»!
Lancaster se pasó una mano por la boca.
—Perfecto. A lo peor repito yo también. ¿Cuánto cuestan?
—Diez dólares cada uno. Total, ciento veinte machacantes pagados a tocateja. Ah… Y cinco más por los transportes.
—Toma ciento cincuenta, amigo.
—Perfecto. Con clientes como tú da gusto. ¿A tantos hombres piensas matar? Eres el pistolero más raro que he visto. Hasta ahora no había conocido a ninguno que, al ir a matar a un enemigo, ya llevara el ataúd encima.
—No pienso matar a nadie, muchacho.
—¿No? ¿Entonces para qué quieres eso?
—No lo quiero.
—¿Eh…?
—Llévatelos. Te regalo tu propia mercancía. Y aquí van

doscientos machacantes más.

El vejete dio un brinco.

Lanzó un ladrido.

—Tienes que llevarte tus ataúdes a toda velocidad, amigo —pidió Lancaster—, y además en dirección a la frontera de México. No te preocupes porque no corres ningún peligro. Procura que la gente te vea.

—De acuerdo, lo haré. Aunque nunca había paseado unos ataúdes durante tanto tiempo.

—Ahora abre las puertas traseras.

—Está bien. No sé lo que pretendes, pero hasta ahora no me has pedido nada que un hombre honrado no pueda hacer. Aquí tienes.

Las puertas traseras del edificio fueron abiertas. A muy poca distancia, apenas a cinco yardas, pasaba un riachuelo que lamía por detrás las casas de Newcombe.

Lancaster dirigió su carro hacia allí.

Y lo metió materialmente en el río, dispuesto a remontar la corriente y así no dejar ninguna huella.

—Muy bien, Rowles. Ahora borra las marcas de mis ruedas.

—Voy comprendiendo, muchacho. Por lo profundas que son esas marcas debes llevar una buena carga. ¿Oro?

—No te conviene pensar, Rowles. Nadie te paga para eso.

—De acuerdo; tú sabes que a mí no me gusta meterme en líos. Pero este asunto te va a costar quinientos dólares más. De lo contrario no salgo.

—Eres un pedazo de bestia, Rowles. Me vas a dejar tan seco que tendré que vender los caballos y tirar del carro yo mismo.

—Quinientos o no hay trato.

Lancaster ya había contado con que los gastos podían ser elevados, de manera que llevaba todas sus provisiones de dinero encima. Pagó y vio cómo el otro borraba las huellas.

Sabía que podía confiar en él.

Rowles, en efecto, gustaba de aprovechar las situaciones. Pero no se metía en líos.

—Hasta pronto, Rowles. Lo que acabas de cobrar es sólo un anticipo. Cuando volvamos a encontramos, sabré recompensarte.

—Cuento con ello Lancaster. Y confía en mí.

Lancaster hizo oscilar otra vez el látigo sobre las cabezas de los

caballos. Y antes de alejarse preguntó:

—Una cosa me ha llamado la atención desde que te conozco, Rowles.

—¿Qué es?

—Tú te haces llamar «Rowles y Compañía», y hasta ahora siempre he visto que trabajas solo.

Rowles señaló al perro.

—Te presento a mi socio. Es el único que no protesta cuando reparto los beneficios.

El perro miró a Lancaster amenazadoramente, mientras enseñaba los colmillos.

—Guuuuauuuu… Rggggg… Guauuuu…

Lancaster se alzó levemente el sombrero.

—Mucho gusto en conocerte, amigo. No temas, no pretendo deshacer la sociedad. Hasta nunca.

Y remontó el río, con las ruedas metidas en el agua, lo más aprisa que pudo.

Una hora después cuando estuvo seguro de que nadie podría seguir ya su pista (principalmente porque por otro lado ya iban las huellas del verdadero carro de Rowles) salió del agua y avanzó por un camino serpenteante hasta llegar a una casa también abandonada y que años antes había sido un próspero rancho. Pero la cercanía de los apaches había hecho que sus dueños lo abandonaran. Aún había algunas habitaciones intactas.

Los caballos estaban reventados.

No podían más.

Pero Lancaster los animó con sus gritos en el último repechón.

—¡Hala, muchachos! ¡Ahí arriba tengo dos yeguas para vosotros! ¡Dos yeguas!

Pero de momento el que tenía yeguas era él.

Dos alegres y provocativas bailarinas le esperaban en la puerta.

Iban vestidas como para actuar en un escenario. Y se movían pícaramente. Eran de lo mejorcito que se veía por Nuevo México y Texas. Lancaster las había contratado sin reparar en gastos, prometiéndoles un chorro de oro a cada una. Quería empezar con ellas su nueva vida. Una vida fastuosa donde no habría más que maravillosos viajes, grandes palacios, chicas suculentas y botellas de licor de marca.

Por lo pronto empezaba con las chicas suculentas.

—¡Final de etapa! —dijo—. ¡Mañana continuaré! ¡Por el momento la noche es nuestras muñecas! ¡A vivir!…

Una de las chicas se puso a bailar alegremente.

La otra preguntó:

—¿Qué llevas ahí?

—Ajajá… Te gustaría saberlo ¿eh picarona?

—No me digas que ese carro está lleno de vestidos para nosotras.

—Algo mejor.

—O perfumes…

—Algo mejor.

—¿Dinero? ¡Es imposible! ¡Tanto dinero no ha existido nunca! ¡O al menos nunca lo ha tenido una sola persona!

—¡Pues yo, Teo Lancaster lo tengo! ¡No os arrepentiréis de haberme hecho caso! ¡Mirad! ¡Mirad! ¡Empapurraos de vil metal! ¡Podéis teñiros las uñas con oro!

Alzó la lona y dejó al descubierto una de las cajas. Con su propio cuchillo la desclavó a pesar de que estaba sólidamente cerrada.

Debajo de la tapa había un papel dorado con la misma inscripción: «Tesoro de la Confederación del Sur».

Lancaster rasgó aquel papel. Repetía obsesivamente:

—Oro… Oro…

Y de pronto sus ojos se desencajaron.

Porque allí no había oro.

Porque lo que allí había eran ¡lingotes de plomo!

Sus dientes rechinaron. Luego su boca quedó cómicamente abierta.

Le habían engañado.

Le habían engañado como a un chino.

¡A él, a un hombre honrado, a un pobre trabajador que había preparado aquel golpe con el sudor de su frente!

¡No había derecho!

Sin duda los sudistas, siguiendo consignas del alto mando, habían montado toda aquella tramoya del tren, mientras el oro viajaba a México en carros y por un camino completamente distinto.

Se pasó el dorso de la mano por los labios.

Estaba pálido como un muerto.

Las chicas ya no bailaban. Le miraban desde abajo amenazadoramente, con los brazos en jarras.

—¿Qué te pasa Lancaster?

—Na… nada.

—¿Hay pasta o no hay pasta?

—Me temo que…, que no hay.

—¡Pues si no hay pasta, habrá tortas!

Una de las bailarinas intentó subir al carro para sujetarle por una pierna.

—¡Eres un granuja!

—¡Yo he perdido un contrato magnífico por hacerte caso!

—¡Y yo un mirlo blanco! ¡Había un banquero que quería casarse conmigo! ¡Y yo lo he dejado plantado!

Lancaster tartamudeó:

—¡No os preocupéis! ¡Yo os recompensaré! ¡No saldréis perdiendo! ¡Me casaré contigo! ¡Y contigo! ¡Me casaré con las dos! ¡Me casaré ahora mismo!

La primera piedra que le lanzaron casi le da en la cabeza.

—¡Granuja!

—¡Cara dura!

—¡Muerto de hambre!

Lancaster saltó del carro a toda la velocidad que pudo mientras gritaba:

—¡No os preocupéis! ¡Venderé el plomo! ¡Al menos me darán por él trescientos dólareeeeees…!

Pero de pronto calló.

Una de las piedras acababa de darle en la nuca. Resbaló y cayó al suelo.

Y las dos vampiresas se le vinieron encima…

CAPÍTULO XIV

UN HOMBRE DE HONOR

El general Stouder retiró poco a poco el cigarro de sus labios. Tenía los ojos entrecerrados y las facciones herméticas. Eran unas facciones que parecían haber sido talladas en un bloque de granito.

—Continúe, capitán Flanagan —murmuró.

El capitán Flanagan volvía a vestir su uniforme.

Parecían haber transcurrido siglos desde que se vio en la estación de Carlsbad, vestido de vaquero y tratando de defender un tren que llevaba un fabuloso cargamento de oro. Y, sin embargo, sólo habían transcurrido horas.

Estaba de nuevo en el campo nordista. Estaba otra vez entre sus compañeros de armas.

Todo lo ocurrido durante los días anteriores le parecía un sueño. Pero en todo caso era un sueño que había decidido trágicamente su destino.

—Continúe, capitán.

—Ya le he dicho lo esencial, señor. Lancaster nunca pensó volver. Nunca pensó tampoco casarse con la muchacha india. Todo era un plan maquinado para tener las manos libres y poder hacerse con el botín más fabuloso que pistolero alguno ha conseguido jamás. Desgraciadamente lo ha conseguido.

Stouder se puso otra vez el cigarrillo entre los labios.

—Pero usted lo persiguió, ¿no es así?

—En efecto, señor. Lo perseguí guiándome por las huellas, hasta una población llamada Newcombe. Bueno, no era una población ya, pero lo había sido. Las huellas llevaban a un gran almacén medio

derruido. Imaginé que Lancaster habría dado allí un descanso a los caballos, poniéndose bajo techo para evitar miradas indiscretas. Desde allí, las huellas continuaban en dirección sur, en dirección a la frontera mexicana. Las seguí durante casi tres horas. Y cuando pude alcanzar el carro ya no lo llevaba Lancaster. Además estaba cargado de… ¡de ataúdes de verdad!

Flanagan cerró un momento los ojos, como si el recuerdo le apesadumbrase. Stouder exhaló una bocanada de humo.

—Supongo que le duele que Lancaster se saliera con la suya —murmuró al cabo de unos instantes.

—En efecto, me duele. Reconozco que hizo las cosas con habilidad y que no causó una sola víctima inocente, pero es doloroso constatar que el delito triunfa algunas veces. Además, le creí un hombre de honor.

—No piense en eso, Flanagan.

—Trataré de hacerlo, señor.

—Sobre ese asunto del robo, de todas maneras, tengo algunas noticias de última hora que usted desconoce. Por ejemplo, sé que el oro del Sur no iba en ese tren.

Flanagan abrió la boca, asombrado.

—¿Qué…, qué dice, señor?

—Fue una trampa. Los sudistas querían atraer la atención de los posibles salteadores hacia el tren exclusivamente, pero el oro viajaba realmente en tres inofensivos carromatos sin apenas escolta que a estas horas han cruzado ya la frontera de México. Esa fortuna que pertenece a nuestro país, de todos modos no se perderá. El Gobierno de Washington ya lo ha reclamado. Nos será devuelta tarde o temprano por conducto legal.

La expresión de Flanagan no cambió.

Diríase que aquella noticia le dejaba indiferente.

De todos modos nada había salido como él pensó.

Se puso en pie lentamente, sintiendo clavada en sus ojos la mirada de acero del general Stouder.

—Señor, yo hice una promesa —murmuró.

—La recuerdo perfectamente.

—Usted habló de ejecutar a varios prisioneros sudistas si Lancaster no volvía. Le pido que no lo haga, señor.

Stouder arrojó el cigarro al suelo.

Se levantó y dio unos pasos con las manos a la espalda, mientras contraía las facciones como si estuviera sumido en una honda preocupación.

Al fin movió negativamente la cabeza.

—Nunca pensé realmente ejecutar a personas que no habían tenido ninguna culpa en lo sucedido —dijo—. Por lo tanto no tema: ningún prisionero pagará las consecuencias de la fuga de Lancaster. Pero hay un hombre que sí que es responsable. Un hombre de cuya opinión me fié y cuya intervención hizo posible que Lancaster llevara adelante su plan.

Flanagan echó un poco la cabeza hacia atrás.

—Ese hombre soy yo, señor.

—Y yo no lo he olvidado.

—¿Por qué cree que estoy aquí? —murmuró Flanagan—. Yo también pude huir; también pude pasar a México y librarme del castigo que merezco. Pero sólo me queda una cosa, y es el honor. Por el honor he vuelto general. Puede ejecutarme cuando le plazca. Y que Lancaster quede libre de toda pena. Ése fue el trato.

—En efecto. Si él no moría, moriría usted.

—Entonces haga cumplir la sentencia.

El general volvió a pasear nerviosamente, con las manos a la espalda y la cabeza baja.

—Dispone de toda la noche si le parece bien, Flanagan —dijo al cabo de unos instantes—. Puede escribir sus últimas cartas y despedirse de sus amigos. Es lo menos que puedo hacer por usted.

—No lo necesito, señor. No he de despedirme de nadie. Estoy preparado.

—De acuerdo, pero si quiere tener unas horas de paz, antes de que la sentencia se cumpla, yo puedo garantizárselas.

—Tampoco necesito eso señor. Cuanto antes, mejor. Terminemos de una vez este condenado asunto.

—Tengo la sensación de que me está usted pidiendo que la sentencia se cumpla ahora…

—En efecto, señor.

—De acuerdo. Precisamente el pelotón está preparado. Como se cumple el plazo previsto, yo mismo lo hice formar. El comandante Norton tiene las órdenes oportunas. Ya sabe que si no se presentaba Lancaster a las tres de la madrugada, se presentaría usted.

Y miró su reloj.

—Es la hora exacta. Vamos.

Flanagan tensó su cuerpo.

No sentía angustia. No tenía miedo.

Sólo tal vez un poco de pena, un poco de aburrimiento de sí mismo.

Pero eso le ayudaba a terminar. Nunca pensó que morir, al fin y al cabo, fuera tan fácil.

Los dos salieron del amplio barracón donde estaba instalada la oficina de mando y se dirigieron a un desmonte cercano. La luna alumbraba perfectamente la escena, pero además numerosas lámparas derramaban su luz sobre una pared caliza, de color blancuzco, que destacaba siniestramente en el paisaje. Frente a esa pared estaba formado el piquete.

Flanagan miró una vez.

Al fin y al cabo iba a morir allí, en aquel cochino rincón del mundo.

Miró dos veces.

Había perdido en parte la fe que tuvo en algunos hombres. Ya no volvería a confiar en ellos. Claro… la verdad es que tampoco tendría tiempo.

Iba a morir.

Abrió la boca.

Miró tres veces.

Y de pronto lanzó una exclamación de asombro. Porque Lancaster estaba ya allí… ¡Estaba con las manos atadas, mirando cara a cara al piquete que había de ejecutarle!

Lancaster no parecía demasiado triste. Al contrario, al ver a Flanagan le guiñó un ojo.

—¿Qué? ¿Pensabas que no iba a venir, carcamal?

Flanagan no podía creer lo que veían sus ojos.

—Pero si yo, creí que estabas…, ¡que estabas ya en México!

—Ésa era la idea pero las cosas no salieron como yo pensaba. Y entonces voy y me digo: «Si no me presento yo, ese idiota de Flanagan es capaz de hacerlo en mi lugar». De modo que resolví venir. Tú no merecías que te hiciera esa jugada. Y, por lo que he visto, ya me esperaban con el piquete preparado y todo.

Flanagan sintió que se le formaba una bola en la garganta.

Sintió que su mirada se nublaba, y no supo por qué.

Fue a avanzar hacia el piquete.

—¡Lancaster…!

Pero el comandante Norton le detuvo. Hizo un gesto brusco para apartarle.

—¡Atrás! Los rifles ya están cargados. Voy a dar la orden de fuego.

—Por favor, le ruego que…

—¿Qué quiere? ¿Hablar con ese hombre? ¿No se da cuenta de que así prolonga su dolor, capitán? Ha sido condenado legalmente por espía. Deje que se cumpla la sentencia.

Flanagan hundió la cabeza.

Con un soplo de voz, sintiendo que le fallaban las fuerzas, balbució:

—Bien…, señor.

El comandante alzó su sable.

—¡Apunten!

Los rifles se encararon hacia Lancaster, que los miraba tranquilamente y con una despectiva sonrisa en los labios.

—¡Bah! —dijo—. Nordistas cochinos, aprendices de soldado… No vais a hacer puntería ni a esta distancia. O vuestros rifles no funcionarán. Apuesto diez contra uno a que no me habréis matado ni a la hora del desayuno…

Norton fue a gritar:

«¡Fuego!».

Pero en aquel momento oyeron todos la voz. Oyeron al ayudante que llegaba corriendo para avisar al general Stouder:

—¡Mi general! ¡La paz se acaba de firmar en Appomatox! ¡Ha llegado la noticia ahora mismo! ¡Ya no hay guerra! ¡Suspendan la ejecución! ¡Suspendan la…!

Norton hizo un gesto a sus hombres para que se retiraran.

Los rifles dejaron de apuntar.

Lancaster masculló:

—Cuerno… Ahora que iba a saber si un nordista tiene puntería o no…

Y guiñó de nuevo un ojo a Flanagan, que de repente estaba junto a él, que le zarandeaba, que le estrechaba los hombros como si fuese a abrazarle.

—Mira, muchacho —dijo Lancaster—, hice testamento a favor tuyo y quiero que de todos modos se cumpla. Te entregarán cincuenta dólares.

—¿Cincuenta dólares? ¿Y para qué los quiero?

—Para que compres el ramo de novia a Estrella. ¿No vais a casaros? ¡Vamos, hombre! ¡No me digas que no! ¡Tú no engañas al viejo Lancaster!

Y abriendo las manos con gesto de impotencia añadió:

—Yo se lo hubiera regalado mucho mejor, pero sólo tengo cincuenta pavos, muchacho. Tuve un encuentro con dos…, ¡ejem!…, amigas, que terminaron de dejarme sin blanca. Y entonces me tuve que vender el cargamento de plomo. ¡Pero sólo me dieron cincuenta dólares! ¡Malditos ladrones! ¡Ya ves! ¡Para que encima digan que uno roba…!

FIN

Notas

[1] Efectivamente, la zona era muy mala entonces y sigue siéndolo ahora. Se trata de un inacabable desierto donde apenas hay rastro de vida humana. Tanto, que las cercanías de Alamogordo fueron elegidas para que Estados Unidos probara su primera bomba atómica, en 1944, cuando ésta era un secreto absoluto y nadie imaginaba que un año más tarde podría ser arrojada sobre el Japón. (N. del A.). <<

[2] Tres pies son aproximadamente un metro. (N. del A.). < <